LOS HOMBRES de la historia

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

90

San Martin

Centro Editor de
América Latina



José Luis Busaniche



LOS HOMBRES *de la historia* 90

Nacido en Yapeyú, pueblo de las antiguas misiones jesuíticas, el 25 de febrero de 1778 y muerto en Boulogne-sur-Mer (Francia) el 17 de agosto de 1850, el general José de San Martín es una figura de excepcional relieve en la historia de la independencia americana.

Formado en el escenario de la guerra franco-española, donde se habían revelado jefes eximios y se hicieron prodigios que renovaron todo el viejo y rutinario sistema militar, estaba dotado, además, de excelsas cualidades que sólo necesitaban del ancho campo de América para llegar a su cumplida madurez.

Gran conductor de hombres, entregado hasta el desprendimiento personal a la causa libertadora, no sólo de su patria sino también de los países hermanos, la posteridad ha hecho justicia de sus méritos, no siempre bien comprendidos por sus contemporáneos.

"El carácter de San Martín - dice Mitre - es uno de aquellos que se imponen a la historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se trasmite a su posteridad como hombre de acción consciente. El germen de una idea por él incubada, que brota de las entrañas de la tierra nativa, se deposita en su alma y es el campeón de esa idea. Como general de la hegemonía argentina primero, y de la chileno-argentina después, es el heraldo de los principios fundamentales que han dado su constitución internacional a la América, cohesión a sus partes componentes, y equilibrio a sus estados independientes. Con todas sus deficiencias, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sud-americana. Fiel a la máxima que rigió su vida, **fue lo que debía ser** y antes que ser lo que no debía prefirió **no ser nada**. Por eso vivirá en la inmortalidad".

Estos son los títulos que ya aparecieron:

1. Freud
2. Churchill
3. Leonardo de Vinci
4. Napoleón
5. Einstein
6. Lenin
7. Carlomagno
8. Lincoln
9. Gandhi
10. Van Gogh
11. Hitler
12. Homero
13. Darwin
14. García Lorca
15. Courbet
16. Mahoma
17. Beethoven
18. Stalin
19. Buda
20. Dostoievski
21. León XIII
22. Nietzsche
23. Picasso
24. Ford
25. Francisco de Asís
26. Ramsés II
27. Wagner
28. Roosevelt
29. Goya
30. Marco Polo
31. Tolstoi
32. Pasteur
33. Musolini
34 Abelardo
35. Pío XII
36. Bismarck
37. Galileo
38. Franklin
39. Solón
40. Eisenstein
41. Colón
42. Tomás de Aquino
43. Dante
44. Moisés
45. Confucio
46. Robespierre
47. Túpac Amaru
48. Carlos V
49. Hegel
50. Calvino
51. Talleyrand
52. Sócrates
53. Bach
54. Iván el Terrible
55. Delacroix
56. Metternich
57. Disraeli
58. Cervantes
59. Baudelaire
60. Ignacio de Loyola
61. Alejandro Magno
62. Newton
63. Voltaire
64. Felipe II
65. Shakespeare
66. Maquiavelo
66. Luis XIV
68. Pericles
69. Balzac
70. Bolívar
71. Cook
72. Richelieu
73. Rembrandt
74. Pedro el Grande
75. Descartes
76. Eurípides
77. Arquímedes
78. Augusto
79. Los Gracos
80. Atila
81. Constantino
82. Ciro
83. Jesús
84. Engels
85. Hemingway
86. Le Corbusier
87. Eliot
88. Marco Aureli
89. Virgilio

90 - San Martín. El siglo XIX: la Restauración

Este es el quinto fascículo del tomo El siglo XIX: la Restauración.
La lámina de la tapa pertenece al tomo El siglo XIX: la Restauración, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 90:

H. Clemente: p. 114 (1, 2); p. 118 (2, 4, 5); p. 123 (3, 4); p. 127 (2); p. 136 (1); p. 139 (1)

J. Aguirre: p. 118 (1, 3); p. 123 (2, 5); p. 127 (3, 4); p. 128 (1); p. 133 (1); p. 135 (2)

H. Rey: p. 121 (1, 2)

Historia de la Nación Argentina, Academia Nacional de la Historia: p. 131 (1).

Historia de San Martín, Bartolomé Mitre: p. 135 (1)

Como se indica en los epígrafes correspondientes, las reproducciones de H. Clemente y J. Aguirre se han realizado sobre la base de material existente en el Archivo General de la Nación

© 1970

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en Febrero de 1970.

San Martin

José Luis Busaniche

1778
25 de febrero: nace en Yapeyú José Francisco de San Martín, hijo de Juan de San Martín y doña Gregoria Matorras.

1783
Se embarca con sus padres para España. En la Península inicia la carrera militar.

1797-1798
El teniente José de San Martín lucha como tripulante de barcos españoles contra la escuadra inglesa del Mediterráneo.

1801
Lucha en la guerra contra Portugal.

1804
Es promovido a capitán.

1808
Luego de la abdicación del rey de España Carlos IV, entra en Madrid José I (Bonaparte) impuesto en el trono español por Napoleón.
El 7 de julio, San Martín es nombrado Mayor general de las tropas de su mando, por la Junta de Sevilla.
El 18 de julio participa de la batalla de Bailén, donde las fuerzas españolas vencen a las francesas.

1810
Los franceses dominan prácticamente todo el territorio español. América queda convertida de hecho en territorio independiente al no poder ejercer la metrópoli su soberanía.
Revoluciones de Caracas y Buenos Aires.

1811
San Martín pide su retiro del ejército español y se embarca para Londres.
Desastre de Huaqui.

1812
9 de marzo: Llega a Buenos Aires para ponerse a las órdenes del nuevo gobierno patriota. Éste lo comisiona para la formación de un escuadrón de caballería de línea.
24 de setiembre: Batalla de Tucumán.
8 de octubre: Caída del Primer Triunvirato. Se instala el Segundo Triunvirato que convoca a la Asamblea llamada del Año XIII.
12 de noviembre: Se casa con Remedios de Escalada.

1813
3 de febrero: Batalla de San Lorenzo.
20 de febrero: Batalla de Salta.
Octubre y noviembre: Derrotas de Vilcapugio y Ayohuma. Se pierde el Alto Perú.
San Martín reemplaza a Belgrano en el mando del Ejército del Norte.
Diciembre: Tratado de Valençay; Fernando VII es restaurado en el trono de España.

1814
17 de mayo: Brown destruye a la flota realista frente a Montevideo.
20 de junio: El general español Vigodet capitula en Montevideo, ante Alvear.
San Martín es nombrado Gobernador Intendente de la Provincia de Cuyo.
Napoleón abdica.

1815
Renuncia del Director Posadas. Asume Alvear que es derrocado de inmediato por la oposición que adquiere caracteres de guerra civil. Cae la Asamblea del Año XIII.
El ejército patriota al mando de Rondeau sufre una derrota en Sipe-Sipe (Alto Perú).

1816
Marzo: Se reúne en Tucumán el soberano Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata que declara la independencia el 9 de julio de ese año.
24 de agosto: Nace Mercedes Tomasa, hija del general San Martín.

1817
Enero: El Ejército de los Andes inicia el cruce de la cordillera.
12 de febrero: Batalla de Chacabuco.

1818
Se declara la independencia de Chile.
18 de marzo: Cancha Rayada.
5 de abril: Batalla de Maipú.

1819
Constitución unitaria en el Río de la Plata.

1820
Sublevación del ejército del Norte en Arequito.
Batalla de Cepeda. Anarquía.
Se inicia la campaña del Perú.

1821
Entrevista de Punchauca.
San Martín entra en Lima.
Se declara la independencia del Perú.

1822
Entrevista de Guayaquil entre San Martín y Bolívar.
San Martín reúne el Congreso en Lima y delega el mando.

1823
San Martín en Mendoza. Muere en Buenos Aires, su esposa Remedios.

1824
San Martín parte rumbo a Europa con su pequeña hija. Luego de una corta estadía en Londres establece su residencia en Bruselas.

1829
Vuelve al Río de la Plata a ofrecer sus servicios ante la guerra con el Brasil. La situación confusa lo lleva a partir nuevamente, esta vez para siempre.

1830
Se instala en París.

1842
Muere Alejandro Aguado, benefactor y amigo de San Martín.

1848
Revolución en Francia. Se traslada con su familia a Boulogne-sur-Mer.

1850
Muere en Boulogne-sur-Mer el 17 de agosto.

1880
Sus restos son repatriados y depositados en la Catedral de Buenos Aires.

Un gran capitán

El 25 de febrero de 1778 nació José Francisco de San Martín en Yapeyú, pueblo de las antiguas misiones jesuíticas. El lugar está ubicado en la que es hoy la provincia argentina de Corrientes y que en ese momento era la provincia de Misiones, integrante del virreinato del Río de la Plata. El nacimiento del héroe en las misiones, diez años después de la expulsión de los jesuitas de América, se debe a que su padre el capitán español don Juan de San Martín era teniente gobernador de Yapeyú, cargo que desempeñó hasta 1783 en que fue agregado al estado mayor de la plaza de Málaga. Regresa entonces a España con su mujer, doña Gregoria Matorras y sus cinco hijos. Allí José Francisco estuvo tres años en un colegio y a los once entró como cadete en el Regimiento de Murcia. Se consagra así a una carrera que no habría de abandonar sino treinta y tres años después.

Sus servicios a la monarquía española están condicionados por la política exterior de ésta en los últimos años del XVIII y comienzos del XIX. A los quince años participa del sitio de Orán en África; pelea en 1798 y 1799 como tripulante de los barcos españoles contra la escuadra inglesa del Mediterráneo; toma parte en la guerra contra Portugal (1801). En 1804 es nombrado capitán y cuatro años después, cuando el ejército de Andalucía decide resistir a las fuerzas napoleónicas, San Martín está en él. La Junta de Sevilla lo nombra mayor general de las tropas a su mando en el reino de Jaén. Se destaca en la acción de Arjonilla y luego en la batalla de Bailén, primera derrota del ejército napoleónico, donde obtiene el grado de teniente coronel. Cuando Napoleón entra en España, América queda convertida de hecho en territorio libre. Ni José Bonaparte, impedido por el dominio inglés del mar, ni Fernando, prisionero de Napoleón, pueden ejercer su autoridad sobre ella. Tampoco la Junta, que decía gobernar en nombre de Fernando pero que se hallaba disuelta y con sus ejércitos aniquilados. Es entonces cuando algunos oficiales americanos del ejército español vieron que la libertad perdida en España había que defenderla en América, pero para América, no para las dinastías de los Borbones o de los Bonapartes (revoluciones de Caracas y Buenos Aires, 1810).

San Martín, asociado sin duda a algunas logias, focos de propaganda liberal, se interesa por el movimiento revolucionario americano y resuelve participar en él. Escribirá más tarde: "Yo servía en el ejército español en 1811. Veinte años de honrados servicios me habían atraído alguna consideración, sin embargo de ser americano. Supe la revolución de mi país y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas, sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de mi patria" . . . "En una reunión en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculabamos se habría de empeñar". Pidió su retiro del ejército pero con uso de uniforme y fuero militar, para pasar a Lima, interrumpiendo así, voluntariamente, una carrera militar brillantísima que seguramente lo habría llevado a las más altas posiciones en el ejército de la Península.

El 14 de setiembre de 1811 salió de Cádiz rumbo a Londres, ciudad en la que pasó tres meses y donde alternó con buen número de oficiales que ilustrarían su nombre en la guerra de emancipación americana; en enero de 1812 se embarcó en la fragata inglesa *Jorge Canning*, no para Lima sino con destino a Buenos Aires; en el mismo buque viajaba también, entre otros, Carlos de Alvear.

Cuando el barco llegó a Buenos Aires el 9 de marzo de 1812, gobernaba el Primer Triunvirato en medio de una situación de contínua zozobra: roto el armisticio con el virrey Elío de Montevideo, los españoles de aquella ciudad habían reanudado sus hostilidades por el río, y en el Alto Perú, después del desastre de Huaqui (1811) los ejércitos patriotas venían fugitivos.

El Primer Triunvirato, sin representación del interior, sin contrapeso alguno, constituía de hecho una minoría dictatorial, asaz desacreditada. Con San Martín llegaba lo que el país requería en aquel momento: un gran capitán formado en el escenario de una guerra donde se habían revelado jefes eximios y se hacían prodigios que renovaban todo el viejo y rutinario sistema militar. Aquel gran capitán estaba dotado, además, de excelsas cualidades que sólo habían menester del ancho campo de América para llegar a su cumplida madurez. Y entre sus acendradas cualidades personales, estaba la de no apresurarse en el logro de sus propósitos y ambiciones.

Primera hazaña en la patria

Los militares encontraron en Buenos Aires la mejor acogida. Además, Alvear hizo valer su influencia en favor de San Martín, desvinculado en la ciudad, para que el gobierno reconociera su grado militar y le encomendara empresas dignas de sus merecimientos. Así, a poco de su arribo, fue comisionado para la formación de un escuadrón de caballería de línea. Alvear también lo introdujo en los círculos sociales y en las tertulias entonces en boga y en una de las casas que frecuentaban, la de don Antonio Escalada, se enamoró de una hija de éste, Remedios, con quien se casó el 12 de noviembre de 1812, sin dejar por ello de ocuparse en la formación del cuerpo de granaderos a caballo, necesario como nunca al gobierno de la revolución.



1

1. *Mercedicas, nieta del general San Martín* (H. Clemente).

2. *Retrato de San Martín, pintado en Bruselas en 1828. Autor anónimo.* (H. Clemente).



2


1


2

"El primer escuadrón de granaderos a caballo —dice Mitre— fue la escuela rudimental en que se educó una generación de héroes. En este molde se vació un nuevo tipo de soldado animado de un nuevo espíritu... Bajo una disciplina austera... formó San Martín soldado por soldado, oficial por oficial. Los medios sencillos y originales de que se valió... muestran que sabía gobernar con igual pulso y maestría espadas y voluntades. Su primer conato se dirigió a la formación de oficiales... Al núcleo de sus compañeros de viaje fue agregando hombres probados en las guerras de la revolución, prefiriendo los que se habían elevado por su valor desde la clase de tropa; pero cuidó que no pasaran de tenientes. Al lado de ellos creó un plantel de cadetes que tomó del seno de las familias respetables de Buenos Aires arrancándolos casi niños de brazos de sus madres... Organizó una academia de instrucción práctica que él personalmente dirigía, iniciando a sus oficiales y cadetes en los secretos de la táctica, a la vez que les enseñaba el manejo de las armas en que era diestrísimo... Sucesivamente fueron creándose otros escuadrones según este modelo y el día que formaron un regimiento, el gobierno envió a San Martín el despacho de coronel con estas palabras: 'Acompaña a V.S. el Gobierno el despacho de Coronel del Regimiento de Granaderos a caballo. La superioridad espera que continuando V.S. con el mismo celo y dedicación que hasta aquí, presentará a la patria un cuerpo capaz por sí sólo de asegurar la libertad de sus conciudadanos.' "

No sabemos si San Martín reconocía en el Primer Triunvirato capacidades para conjurar el peligro realista pero, al parecer, no estaba de acuerdo con su sistema de gobierno interior, muy contrario al principio representativo. Lo cierto es que las fuerzas de la capital reuniéronse el 8 de octubre de 1812 en la Plaza de la Victoria, según dijeron sus jefes (Alvear, Ocampo y San Martín) para proteger la libertad del pueblo, y el pueblo allí congregado exigía la renuncia del P.E. y el nombramiento de un nuevo gobierno por el Cabildo. Este hizo entonces comparecer a los jefes militares quienes, según un documento, declararon estar de acuerdo con las quejas del pueblo pero no haber intervenido en su formación y "que el hecho de presentarse en la plaza respondía solamente a proteger la libertad del pueblo, para que así pudiera libremente explicar sus votos y sus sentimientos, dándose a conocer de este modo que no siempre están las tropas, como regularmente se piensa, para sostener gobiernos tiránicos. Que sabían respetar los derechos sagrados de los pueblos y proteger la justicia de éstos; que con éste y no otro objeto habíanse reunido en la plaza poniéndose a las órdenes del excelentísimo Cabildo..." Cuando el Cabildo les pide que señalen los candidatos los jefes responden que "debía evitarse toda intervención y el menor influjo de la tropa en una elección propia del pueblo... y que su honor no les permitía ni aun indicar los sujetos en quienes pudiera recaer la elección". Ante la vacilación de los cabildantes, San Martín exige una solución que se traduce en el nombramiento de los miembros del Segundo Triunvirato: Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte que de inmediato convocaron a la llamada *Asamblea del año XIII*. Dueño Belgrano del Norte después de la victoria de Tucumán, el peligro se localizaba en las costas del litoral asoladas por los españoles. El nuevo gobierno dispuso que San Martín protegiera la banda occidental del río Paraná y cuando la escuadra de Montevideo remontó el río en enero de 1813, el coronel la siguió con ciento veinticinco granaderos para llevar un ataque a las tropas de desembarco en la primera ocasión. El enfrentamiento se produjo frente al convento de San Carlos de San Lorenzo. San Martín había reunido sus tropas a la noche, y cuando el enemigo avanzó al amanecer, atacó con dos escuadrones (el de la izquierda a su mando y el de la derecha al mando de Bermúdez), desplegados en ala para flanquear al enemigo. Los realistas clavaron sus cañones y empuñando los fusiles pusiéronse a la defensa de modo que San Martín y sus hombres, al llegar en carrera impetuosa, recibieron muy de cerca la primera descarga. El caballo del jefe rodó por tierra alcanzado por una bala de cañón y apretó al jinete en su caída. Vinieron en su auxilio varios soldados (uno de ellos, Juan Bautista Cabral murió en el entrevero) y lo pusieron a salvo. Fugaz esperanza levantó a los realistas pero los granaderos que venían detrás en furiosa embestida causaron tales estragos en la infantería española que la obligaron a retroceder en desorden, diezmada y vacilante. En pocos minutos fue llevado el enemigo hasta la barranca y desde los barcos partieron los últimos cañonazos, uno de los cuales hirió mortalmente al capitán Bermúdez, mientras los vencidos reembarcábanse con toda premura dejando su bandera, cañones, fusiles y prisioneros.

Estrategia continental

San Martín volvió a Buenos Aires donde, al poco tiempo, llegaron noticias de la victoria obtenida por Belgrano en Salta. Por momentos, el triunfo de la revolución pareció asegurado en el norte, pero la plaza de Montevideo, aunque sitiada por los patriotas, mantenía su poderío naval y constituía serio peligro para la causa revolucionaria. Más aún, a medida que avanzaba el año 1813, las noticias que llegaban de Europa fueron creando un clima de honda preocupación: la derrota de las fuer-

zas napoleónicas en Arapiles había obligado al rey José a retirarse de Madrid; Napoleón sufría un terrible revés en su campaña sobre Rusia; una nueva derrota de los franceses en Victoria (España) hacía pensar en el retorno de Fernando VII al trono y, por último, el desastre de Napoleón en Leipzig, implicaba el desmoronamiento de su imperio. A todo esto se sumaron las derrotas de Belgrano en Vilcapugio y Ayohuma y la consiguiente pérdida del Alto Perú con una inminente amenaza de invasión por el norte.

En pocos meses la situación había cambiado radicalmente en desmedro de la causa. Conocidos los desastres de Vilcapugio y Ayohuma, el Poder Ejecutivo nombró al coronel San Martín jefe de una expedición auxiliar al Alto Perú. Belgrano, el jefe derrotado, le escribe: "Mi corazón toma nuevo aliento cada instante que pienso que usted se me acerca porque estoy firmemente persuadido de que con usted se salvará la patria y podrá el ejército tomar un diferente aspecto"... "Empéñese usted en volar, si le es posible, con el auxilio y en venir a hacer, no sólo mi amigo, sino maestro mío, mi compañero y mi jefe si quiere."

En Yatasto se produjo el abrazo histórico y Belgrano abandonó algún tiempo después aquel ejército derrotado que antes había conducido a la victoria. San Martín comenzó de inmediato a restaurar la organización de las tropas pero los momentos urgían; no era el caso de perder lo ganado y fracasar una tercera vez en el camino del Alto Perú. La revolución sólo podría salvarse con una vasta campaña de alcance continental que permitiera golpear el poderío español en Lima y, de ser posible, antes que Fernando VII, restituido en su trono, pudiera mandar ejércitos al continente. Por eso, en abril de 1814, escribió San Martín a Rodríguez Peña, presidente del Consejo de Estado bajo el directorio de Posadas, su célebre carta: "No se felicite, mi querido amigo, con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta: no haré nada y nada me gusta aquí. No conozco los hombres ni el país, y todo está tan anarquizado, que yo sé mejor que nadie lo poco o nada que puedo hacer. Ríase usted de esperanzas alegres. La patria no hará camino por este lado del Norte que no sea una guerra permanente, defensiva, defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones buenos de veteranos. Pensar en otra cosa es echar al pozo de Airón hombres y dinero. Así que yo no me moveré ni intentaré expedición alguna. Ya le he dicho a usted *mi secreto*: Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza, para pasar a Chile y acabar allí con los godos apoyando un gobierno de amigos sólidos, para acabar también con los anarquistas que reinan. Aliando las fuerzas, pasaremos por el mar a tomar a Lima; es ése el camino y no éste, mi amigo. Convénzase usted que hasta que no estemos sobre Lima, la guerra no se acabará. Deseo mucho que nombren ustedes alguno más apto que yo para este puesto: Empéñese usted para que venga pronto ese reemplazante y asegúreles que yo aceptaré la intendencia de Córdoba. Estoy bastante enfermo y quebrantado; más bien me retiraré a un rincón y me dedicaré a enseñar reclutas para que los aproveche el gobierno en cualquier parte. Lo que yo quisiera que ustedes me dieran cuando me restablezca, es el gobierno de Cuyo. Allí podría organizar una pequeña fuerza de caballería para reforzar a Balcarce en Chile, cosa que juzgo de gran necesidad, si hemos de hacer algo de provecho, y le confieso que me gustaría pasar mandando este cuerpo."

En 1814 Fernando VII será restaurado en el trono. Posadas y Sarratea realizan gestiones diplomáticas pero al mismo tiempo se organiza la primera escuadra que destruye el 17 de mayo a la flota realista frente a Montevideo. Tres días después, Vigodet capitula ante Alvear. España ya no podrá apoyarse en Montevideo para reconquistar el territorio. "Respire el corazón... —escribe Posadas a San Martín— Montevideo es nuestra por capitulación." Con licencia en Córdoba por motivos de salud, desde los primeros meses de 1814, el 10 de agosto de ese año San Martín es nombrado Gobernador Intendente de la Provincia de Cuyo, base de su futura empresa y cuna del ejército de los Andes.

Modelo de orden y disciplina

La vuelta de Fernando VII al trono de España, después del tratado de Valençay, de la capitulación de París y de la abdicación de Napoleón (abril de 1814), causó impresión tan profunda en la América revolucionaria, que todo se creyó definitivamente perdido. El rey restaurado rechazó la constitución liberal, suprimió las Cortes y se volvió hacia las colonias para decirles "que una vez en posesión de la verdad, haría cesar la discordia que nunca se hubiera verificado entre hermanos sin la ausencia y el cautiverio del Padre". Los revolucionarios rechazaron la mano traidora ofrecida por aquel rey y éste dispuso en respuesta que su escuadra condujera un gran ejército a Montevideo para iniciar la reconquista de las colonias. Pero al conocer la caída de la plaza, cambió su objetivo y envió al general Morillo a Venezuela donde realizó una sangrienta represión.

Al conocer las primeras noticias favorables de la Península, el gobierno de Perú invadió Chile por el sur y apenas había arribado San Martín a Cuyo cuando comenzaron a llegar los fugitivos de Rancagua, muchos de ellos divididos en facciones rivales: el bando de Carrera, el bando de O'Higgins. El primero chocaría con San Martín, el segundo le fue muy adicto y fiel.



3

1. *Juan de San Martín, padre del Libertador* (Archivo General de la Nación).

2. *Gregoria Matorras, madre del general San Martín* (Archivo General de la Nación).

3. *Casa de Pozos Dulces (Málaga). Se cree que allí vivió San Martín cuando niño* (Archivo General de la Nación).



1

En Buenos Aires que se prepara para la defensa pues desconoce el cambio de rumbo de Morillo, Posadas debe renunciar; lo mismo hará luego su reemplazante Alvear y con él cae la Asamblea del año XIII. La revuelta de signo federal, al producir una descentralización, favoreció a San Martín que se vio libre de trabas extrañas y pudo actuar en su intendencia como jefe autónomo, poner en marcha sus planes y organizar su ejército. Para obtener recursos señala el peligro inminente de una invasión desde Chile y con esto consigue que desde mediados de 1815 el Director Álvarez Thomas empiece a enviarle oficiales, tropas, armas y más y más granaderos para la guarnición de Cuyo; al mismo tiempo, hace prodigios de organización, no sólo en la milicia, sino en la economía y gobierno general de su Intendencia. Consigo tiene a su esposa, doña Remedios, y lo secundan en su empresa muchos civiles y militares, expertos y abnegados patriotas. Nada lo detiene en el logro de recursos para su proyecto: la formación del ejército de la defensa, que ha de libertar a Chile y emprender la campaña continental.

"Secuestráronse —dice el general Mitre— los bienes de los prófugos; pusiéronse en almoneda las tierras públicas; creóse una contribución extraordinaria de guerra pagadera por cuotas mensuales; se recogieron los capitales a censo pertenecientes a manos muertas, usando de sus intereses; se dispuso del fondo de redención de cautivos de los frailes mercedarios, para redimir otros cautivos; se organizaron las donaciones gratuitas en especie y dinero; realizáronse las propiedades de las temporalidades de la provincia; se apropiaron los diezmos al servicio civil; se gravó con un peso cada barril de vino y con dos cada uno de aguardiente que se extrajese del territorio, con el carácter de contribución voluntaria; el producto de los alcoholes se aplicó al servicio militar; se declararon de propiedad pública las herencias de los españoles que morían sin sucesión, todo lo que, unido a los impuestos de papel sellado, ramo de pulperías, multas y otros arbitrios, regularizó la percepción de la renta, acrecentando el fondo común. No bastando esto, se estableció un impuesto general y uniforme sobre todos los habitantes, basado en el capital de cada individuo, previo catastro levantado por el Cabildo"... "Por excepción, solía hacerse uso del arbitrio de empréstitos forzosos, pero siempre con intervención del Cabildo y con arreglo a una repartición equitativa que pesaba sobre los españoles y portugueses desafectos. Además, cuando era necesario, se usaba de las cabalgaduras y de las carretas gratuitamente, se confiscaban temporalmente los alfalfares para las caballadas del ejército y se disponía sin retribución de las personas para los trabajos públicos, y como todo esto se hacía con orden, por igual y alterna-

1. José de San Martín. Óleo de Gil de Castro (Museo Histórico Nacional - J. Aguirre).

2. San Martín. Óleo de Gil de Castro, Chile, 1818 (Museo Histórico Nacional - H. Clemente).

3. Bandera española tomada en Chacabuco (Museo Histórico Nacional - J. Aguirre).

4. Bandera realista tomada en Pasco (H. Clemente).

5. Bandera tomada por el Ejército Libertador en Chacabuco (H. Clemente).



2

tivamente, la oferta generalmente se anticipaba a la exigencia. Los artesanos se prestaron a servir en los talleres militares a ración y sin sueldo; las mujeres contribuían con sus labores, cosiendo gratuitamente los uniformes de los soldados y para que no quedase nada sin contribuir al sostén del erario, hasta los muertos fueron cotizados"...

A fines de 1816 Rondeau es derrotado en Sipe-Sipe y nuevamente se pierde el Alto Perú; a partir de ese momento serán Güemes y sus gauchos quienes defenderán la frontera norte cumpliéndose así la previsión de San Martín.

El ejército de Cuyo, esperanza americana

La preparación del ejército de Cuyo continuaba en forma acelerada pero San Martín no podía poner en marcha el plan de expedición continental como gobernador intendente de la región ni como general de un país carente de personalidad política que hasta poco tiempo atrás había invocado el nombre de Fernando VII.

Era preciso declarar de una vez la independencia de la patria.

Pero disuelta la Asamblea del año XIII, la estructura federal que adquiere el país luego de la revolución que derrocara a Alvear, obstaculiza la reunión de una nueva asamblea; los caudillos del interior están cansados del despotismo centralista y prefieren mantenerse en esa conformación política.

San Martín se inclinará por Buenos Aires; teme —y con razón— que la tendencia descentralizadora federal pueda debilitar la acción guerrera en que se halla empeñado. En marzo de 1816 se reunirá por fin en Tucumán el soberano Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sin la concurrencia del litoral argentino (Banda Oriental, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe) que, sin embargo, dan su voto expreso por la independencia nacional. Ese mismo mes, San Martín escribe a Godoy Cruz, diputado por Mendoza: "¿Hasta cuándo esperamos para declarar nuestra independencia? ¿No le parece a usted cosa bien ridícula acuñar moneda, tener pabellón y cocarda nacional y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree dependemos? ¿Qué relaciones podremos emprender cuando estamos a pupilo?... ¡Ánimo!, que para los hombres de coraje se han hecho las empresas."

La independencia fue declarada el 9 de julio y con ello se afirmaba solemnemente lo que era ya un hecho para los argentinos desde la caída de Montevideo. Pero esta declaración, en momentos en que España señoreaba toda la América revolucionaria de 1810, en México, Venezuela, Nueva Granada, Quito, Perú, Alto Perú y Chile, resultaba de una insólita osadía y a la vez importaba un compromiso ante los países oprimidos del continente. Porque sin jactancia puede asegurarse que, en la segunda mitad del año 16, toda la esperanza de América podía estar cifrada en aquel ejército de Cuyo que, como resultado de la independencia argentina ya declarada, se convertiría en el Ejército de los Andes.

El general de Mendoza, sin abstenerse por completo de la política —porque es hombre de sentido práctico y nada iluso ni visionario— cree ya asegurada su campaña pero mide también sus dificultades. Le escribe a Guido: "Lo que no me deja dormir, no es la oposición que puedan hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes." La verdad es que fáltanle todavía muchas cosas para poner en acción su plan. Pero el nuevo Director Pueyrredón ha prometido su apoyo: crea el "Ejército de los Andes", organiza su estado mayor y San Martín es investido por el Congreso con el carácter de Capitán general. El gobernador de Cuyo delega entonces el mando político en el coronel Toribio de Luzuriaga "a fin de concentrar en sus manos la plenitud de facultades políticas y militares de un jefe expedicionario en tierras lejanas".

En los últimos meses de 1816, la voluntad del prócer se traduce en un prodigio de actividad y de geniales arbitrios. Abundan las anécdotas sobre aquella vida de afanosos trabajos y desvelos y también las que lo muestran como hombre fértil en ardides y estratagemas de toda especie. Todo lo hace servir a su futura expedición y la *guerra de zapa* ocupa en su programa de labor cotidiana tanto lugar como la organización de la milicia. A esta guerra de zapa, tan hábilmente conducida por un solo hombre —dice Mitre—, debióse la insurrección latente del pueblo chileno que precedió al paso de los Andes y aseguró de antemano la reconquista de Chile.

El 24 de agosto de 1816 nace su hija Mercedes; sin embargo su actividad no cesa: parlamenta con los indios pehuenches que han de engañar en Chile al general Marcó, vigila todos los detalles, pide elementos a Pueyrredón. Con los envíos, éste le escribe: "...Va el Mundo. Va el Demonio. Va la Carne. Yo no sé cómo me irá con las trampas en que quedo, para pagarlo todo, a bien que, en quebrando, chancelo cuentas con todos y me voy yo también para que usted me dé algo de charqui que le mando y ¡c...! no me vuelva usted a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la Fortaleza."

A fines de 1816 estaba San Martín "listo para la de vámonos", como él mismo dijo. El Ejército de los Andes tenía 5200 hombres, 10.000 mulas de silla y carga, 1600 caballos de pelea para maniobrar en el llano, 600 reses en pie para ser faenadas en el camino, 900 tiros de fusil y carabina, 2000 de cañón a bala, 2000 de metralla y



3



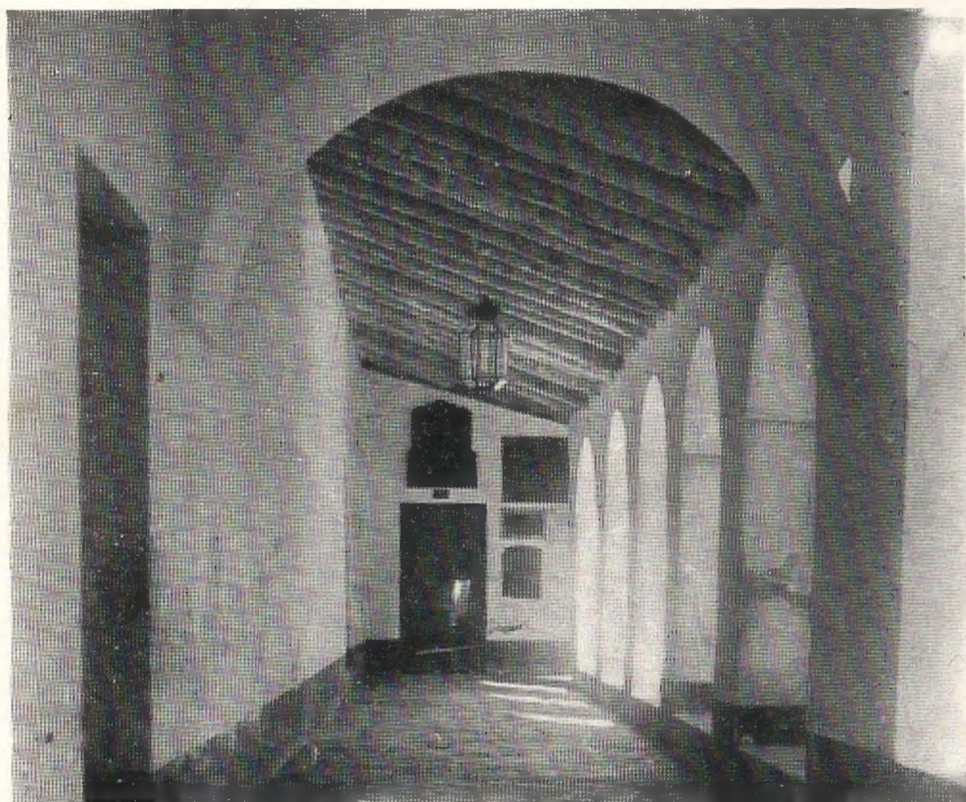
4



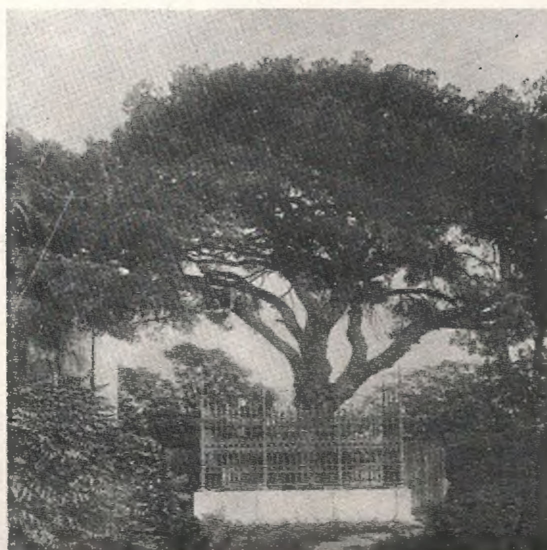
5



1



2



3

600 granadas. Además, todos los aprovisionamientos más necesarios para la campaña.
En los primeros días de 1817, el 5 de enero, es la jura solemne de la Patrona del Ejército en la Plaza Mayor de Mendoza y la bendición de la Bandera confeccionada por las damas cuyanas.
El día 24, San Martín se despide del pueblo de Mendoza con una proclama: "Cerca de tres años —les dice— he tenido el honor de presidirle y sus heroicos sacrificios por la independencia y prosperidad común de la nación pueden numerarse por los minutos de la duración de mi gobierno."
El grueso del ejército había emprendido ya la marcha para internarse en la cordillera . . .

Chacabuco "modelo de arte militar"

El ejército que sale de Mendoza para internarse en la cordillera formado en dos divisiones, si bien representa la parte principal de aquella fuerza, no es la única. La estrategia ha consistido en mantener al enemigo en continua zozobra e inquietud en una extensión de ciento cuarenta leguas sin descubrir el paso preciso elegido para la invasión. Con escasas fuerzas avanzan por otros pasos el teniente coronel Cabot y el coronel Ramón Freire. El general San Martín concibió su plan para el paso de cuatro cordilleras y, más aún, "para el paso a través de un mar de montañas", dice Acevedo Díaz (h). Nos referimos al paso del grueso del ejército por el camino de los Patos. San Martín escribe: "Camino de cien leguas, cruzado de eminencias escarpadas, desfiladeros, profundas angosturas, *cortado por cuatro cordilleras.* Tal es el camino de los Patos. Vencerlo ha sido un triunfo . . ." La sierra del Paramillo, la cordillera del Tigre, la cordillera de Espinacito y la cordillera andina que sirve de límite a la Argentina y Chile son atravesadas superando grandes dificultades. El profundo cajón del río de los Patos obliga a dar un gran rodeo al cruzar la tercera cordillera "donde el ejército, al descender del paso de cuatro mil metros de altura quedó materialmente 'colgado' en la espiral de su pendiente". Otras dificultades se sumaron: el mal de puna que atacó a la mayor parte del ejército provocando la muerte de varios soldados; el clima de desierto (falta de agua, de pasto y de combustibles); los despeñaderos . . . Una carta de San Martín al general Miller, en su aparentemente fría transcripción de cifras, deja entrever la terrible dureza de la travesía: "El ejército llevó 10.000 mulas de silla y de carga, 1600 caballos y 700 reses, y a pesar de un cuidado indecible sólo llegaron a Chile 4300 mulas y 411 caballos en muy mal estado..."
Los primeros encuentros comienzan a producirse y las partidas realistas destacadas para detener la invasión son vencidas por la vanguardia del Ejército de los Andes.

El 12 de febrero se producirá el choque decisivo. En la cuesta de Chacabuco se enfrentan las fuerzas españolas al mando de Maroto y el grueso de los efectivos argentinos. La lucha, encarnizada y feroz, se prolonga desde el amanecer hasta la noche y el mismo San Martín, "aunque está enfermo, acomete en persona y entra en el combate sableando enemigos"... Al finalizar, quinientos españoles yacen muertos en el campo; los patriotas sólo han perdido doce hombres y tienen ciento veinte heridos. Seiscientos prisioneros realistas, la artillería, el parque, el armamento, un estandarte y dos banderas es el precio de la derrota que paga el enemigo. El general resumió así su magnífica proeza: "...En veinticuatro días hemos hecho la campaña; pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluímos con los tiranos y dimos la libertad a Chile."

Chacabuco, modelo de arte militar, fue de enorme importancia para la libertad de América como lo reconocieron los propios realistas. Pero la lucha debía continuar. Si bien Marcó del Pont —máximo jefe español en Chile— fue tomado prisionero, una parte de las fuerzas de Maroto logró llegar al sur de Chile, donde se prepararon a oponer seria resistencia con los auxilios que se esperaban del Perú por el puerto de Talcahuano.

Dos días después de la batalla, el ejército vencedor entró en Santiago, donde una asamblea de notables declaró por aclamación "que la voluntad unánime era nombrar a don José de San Martín gobernador de Chile con omnímoda facultad" y así lo hicieron constar en acta del 18 de febrero. El héroe de Chacabuco se negó rotundamente a acatar esta designación y a su pedido fue nombrado el brigadier O'Higgins, chileno y amigo adicto que le había acompañado en Mendoza desde 1814 y había intervenido gloriosamente en la batalla.

Independencia de Chile

Poco tiempo estuvo San Martín en Santiago después de su victoria. El 12 de marzo se interna en la cordillera rumbo a Buenos Aires. En esta ciudad, los agasajos y aclamaciones se unen a las preocupaciones por el peligro portugués: el general Lecor señorea Montevideo y está dispuesto a pasar al oeste del Uruguay o del Paraná según decida su rey. San Martín escribe a O'Higgins: "Creo será inevitable la guerra con los portugueses; veré si a mi llegada puedo hacer algo sobre esto."

La noticia de Chacabuco fue celebrada en todas las ciudades, aun en aquellas que no habían concurrido al congreso de Tucumán y desobedecían al Director, porque el sentimiento argentino sabía sobreponerse a las parcialidades políticas. Pero, pese a todo esto, San Martín hubo de imponerse de algunos negociados secretos del congreso que, si iban enderezados a precaverse de una expedición española contra el Río de la Plata, comprometían la integridad del país con respecto a Portugal y soliviantaban la opinión en contra del Directorio. Pueyrredón creyó que podría capear el temporal y resuelve crear una escuadra para que domine el Pacífico; de allí que San Martín al partir de nuevo para Chile el 18 de abril, marche con la fe avivada por las promesas del Director.

En Chile, la situación militar no estaba exenta de peligros; las fuerzas españolas derrotadas se habían reconcentrado en el sur y ocupado la plaza fortificada de Talcahuano, puerta de entrada para los refuerzos provenientes desde Lima, y si bien el coronel Las Heras obtuvo las victorias de Curapaligüé y Gavilán, y O'Higgins dominó en seguida la región hasta la ribera del Bío-Bío, Talcahuano no cayó.

Entretanto, el general San Martín había pasado ese año en relativa quietud y absorbido por hondas preocupaciones; Pueyrredón le pedía hombres para enfrentar el peligro portugués al tiempo que llegaban a Talcahuano los auxilios de Lima, nada menos que un fuerte ejército al mando del general Osorio, el mismo general que había cumplido la reconquista de Chile en 1814 y derrotado a los patriotas en Rancagua. Era imposible desprenderse de ningún soldado; más aún, vista la gravedad de la situación, San Martín escribe a O'Higgins desde Santiago para decirle que es menester reconcentrar todas las fuerzas para hacerlas invencibles. En esta peligrosa coyuntura, OHiggins y sus ministros firman en Concepción el acta en que se proclama la independencia de Chile. Al mes siguiente, el 12 de febrero de 1818, aniversario de la batalla de Chacabuco, se hace la misma proclamación en Santiago, con carácter popular.

San Martín era ya general en jefe del ejército de Chile; el Director OHiggins lo había nombrado "en consideración al sublime y relevante mérito ..." El gobierno chileno le obsequió además con una vajilla de plata, que él rechazó cortésmente, y después con una chacra, que aceptó, pero a condición de que "la tercera parte de sus productos fuera destinada al fomento del Hospital de Mujeres de Mendoza y dotación de un vacunador que, recorriendo la provincia, la libre de los estragos de la viruela".

Maipú, rescate de la libertad

Los momentos eran apremiantes. O'Higgins se ocupaba de preparar la defensa para tratar de detener al enemigo que avanzaba desde el sur y San Martín, ocupada Talca por los realistas, marchó en esa dirección acampando en un lugar denominado Cancha Rayada. Allí le atacó Osorio por sorpresa en la noche del 19 de marzo de 1818 y le infligió una dura derrota que estuvo a punto de perder el ejército patriota. En Santiago, la noticia causó pánico en la po-



4

1. Posta de Yatasto (H. Rey).

2. Convento de San Carlos en San Lorenzo (H. Rey).

3. Pino de San Lorenzo.

4. El general San Martín. Litografía de P. Núñez de Ibarra (Museo Histórico Nacional).





blación que recordaba los sucesos de 1814 y la desastrosa acción de Rancagua; muchos huyeron hacia Mendoza pero la mayoría, confortados por la reacción franca y decidida del General, lo recibieron con entusiasmo dispuestos a acompañarlo hasta el fin. Allí San Martín pronunció su primero y último discurso: "... La patria existe y triunfará —dijo— y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sur."
Ese día llegó el 5 de abril en la llanura de Maipú.
Cuando despuntó el alba, en el día decisivo, grande para los destinos de la libertad y de Chile, se descubrió al enemigo marchando desde Espejo y, por un movimiento de flanco, a punto de ocupar el camino de Santiago. San Martín, inmediatamente, hizo mover su ejército y avanzó hacia el enemigo en columnas cerradas y mediante una marcha rápida, llegó a tiempo de frustrar esta maniobra de ocupar el camino principal. Osorio hizo alto entonces frente a la chacra de Espejo; su derecha fue ocupada por el regimiento de Burgos, su izquierda por el infante don Carlos y el centro por tropas traídas de Perú y Concepción. Sobre un montículo, en la extrema izquierda, ubicó una fuerza de artillería. Frente a él, el ejército patriota forma así: a la izquierda el general Alvarado, al centro el general Balcarce, a la derecha el coronel Las Heras y, como reserva, las fuerzas al mando del general Quintana. La acción comenzó como a las once y se inició por la artillería patriota de la derecha; antes de las doce la lucha era ya general y el choque tremendo. Por fin, los realistas huyen y son perseguidos y despedazados; otros capitulan y caen prisioneros.
Esa misma noche, la multitud clamorosa bullía en la calzada frente al palacio de gobierno de Santiago, festejando la victoria. San Martín, felicitado por un agente norteamericano, con modestia contestó: "Son las contingencias de la guerra, nada más..."

El día de América ha llegado

La victoria conmovió a toda la opinión de América y se comentó en Europa como el anuncio de algo muy importante en la historia: el advenimiento de nuevas entidades políticas independientes. En efecto; el triunfo de San Martín advirtió al virrey Pezuela que el Perú, baluarte realista, no tardaría en ser invadido por mar desde Chile y que apenas retiradas algunas fuerzas de Nueva Granada y Venezuela, aquellos pueblos, que antes de la invasión de Morillo habían revelado un heroísmo insuperable, levantaríanse nuevamente para sacrificarse en defensa de la causa.
En el norte estaba Bolívar que, en agosto, se entera por diarios ingleses del triunfo de Maipú y es entonces cuando concibe un proyecto semejante al del paso de los Andes: el paso de los Andes venezolanos.



3

1. Batalla de Maipú.
Litografía de Géricault, 1819
(Museo Histórico Nacional).

2. Anteojo usado por San Martín
durante su campaña libertadora
(Museo Histórico Nacional - J. Aguirre).

3. Condecoración recibida por San Martín
por su actuación en la batalla de Bailén
(Museo Histórico Nacional - H. Clemente).

4. Medalla entregada a los vencedores
de Chacabuco
(Museo Histórico Nacional - H. Clemente).

5. Morrión que perteneció
a Manuel de Escalada, oficial
del Regimiento de Granaderos a Caballo
(Museo Histórico Nacional - J. Aguirre).



4



5

remontando el Orinoco, para caer sobre los españoles en Bogotá y seguir si le es posible hasta el Perú, baluarte realista de América. Dice en una carta: "... Los españoles, invadidos poderosamente por el sur por tropas victoriosas, a que ellos no pueden resistir, aun haciendo esfuerzos asombrosos, deben necesariamente concentrarse y dejar descubiertas las entradas y avenidas del reino en todas direcciones. Estimo, pues, segura la expedición libertadora de la Nueva Granada ... El día de América ha llegado"...

Entretanto, San Martín ha llegado a Buenos Aires el 4 de mayo luego de haber quemado las cartas entre personajes chilenos y Osorio; ha entrado a la ciudad en plena noche, evitando recibimientos triunfales. Él no venía a satisfacer ninguna vanagloria sino por otra razón: el dinero para realizar su expedición al Perú.

Para él nada pedía, pero sí pedía y no poco para su proyecto. Fue la tragedia del héroe.

El pueblo tenía razón

Para acudir a la demanda de San Martín eran menester buenas finanzas, y para esto último necesario era una buena política, comprendida una buena diplomacia. Y difícil será demostrar que las teníamos. Se había dejado invadir la Banda Oriental, pensando que así se dominaría a su caudillo, se tendrían quietas a las provincias de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe y se ganaría la amistad de Portugal que, a su tiempo, devolvería la provincia. Pero no fue así: las provincias se levantaron, Uruguay no fue devuelto y Pueyrredón se lanzó a una guerra desastrosa contra el litoral en la que sus ejércitos fueron derrotados por Ramírez, también acosado por los portugueses en el río Uruguay. Un año antes, en momentos en que San Martín triunfaba en Chacabuco, su pueblo natal, Yapeyú, había sido destruido y saqueado por las fuerzas del Brasil. Esta guerra dispendiosa e impopular limitaba las posibilidades de Pueyrredón en lo que respecta a disponibilidades de dinero para la campaña del Perú y así lo comunicó a San Martín que se hallaba en Mendoza: "No hay remedio, no se sacan de aquí los quinientos mil pesos aunque se llenen las cárceles de capitalistas." La respuesta fue la renuncia: "Resuelto a hacer el sacrificio de mi vida —se hallaba enfermo—, marchaba a encargarme del ejército ...; lo arrostraba todo en el supuesto de que dicho ejército tendría que operar fuera de Chile; pero habiendo variado las circunstancias, ruego se sirva admitirme la renuncia que hago del expresado mando. Mis débiles servicios estarán en todo tiempo previstos para la patria en cualquier peligro que se halle."

Mientras tanto se anunciaba para el mes de octubre una reunión en Aquisgrán donde se tratarían serias cuestiones internacionales, entre ellas la posición de España frente a la guerra emancipadora de sus colonias. El momento era grave: si las potencias europeas apoyaban a Fernando VII, la independencia estaba perdida; si no lo hacían la emancipación resultaría favorecida. Pero se pensaba que esta última alternativa no admitiría otro régimen en América que no fuera el monárquico y esto era lo que ocupaba la mente de Pueyrredón y su círculo, la Logia Lautaro, agrupación que dominaba la política de Buenos Aires y Chile. Éste es el origen de las tratativas para coronar un monarca en el Río de la Plata que se llevaron a cabo en esa época y de la decisión de suspender los planes militares sobre Lima.

Sin embargo, Pueyrredón no deseaba perder la colaboración de San Martín y pese a estar de acuerdo con las negociaciones monárquicas, se esforzó por allanar los problemas económicos y envió los quinientos mil pesos necesarios. La renuncia no se hizo entonces efectiva y el general retomó su gran proyecto.

Pero la lucha interna sigue contra el litoral que resiste la política porteña; sucesivamente las tropas enviadas por Pueyrredón son vencidas en Entre Ríos, en Corrientes y en Santa Fe y se alejan las posibilidades de unión de todas las provincias. En 1820 cuando el país se debata en la anarquía, el mismo Pueyredón dirá de su política del año 18: "Una imprudencia que encendió la discordia ..."

"Divididos seremos esclavos; unidos venceremos"

Entretanto ¿qué podía esperar de todo esto el Libertador don José de San Martín? Antes de los sucesos de Santa Fe, había él pasado a Chile y allí pudo comprobar que el gobierno de ese país se le retraía y las parcialidades políticas trababan manifiestamente su acción.

Esta situación y el propósito de obligar a O'Higgins a ocuparse de la expedición al Perú hicieron que el general argentino llevara parte de su ejército a Mendoza en marzo de 1819. Antes había pedido al gobierno chileno que interpusiera su influencia ante Artigas para obtener la cesación de la guerra del Litoral, hecho que causó profundo desagrado en Pueyrredón que, mal informado, estaba seguro de imponer "la ley a la anarquía". Muy lejos de la realidad estaba: en esos días es derrotado Viamonte en Santa Fe y San Martín se dirige a López y Artigas para invitarlos a un avenimiento. Al primero le dice: "Unámonos, paisano mío, para batir a los maturrangos que nos amenazan: divididos seremos esclavos; unidos, estoy seguro que los batiremos; hagamos un esfuerzo de patriotismo, depongamos resentimientos particulares y concluyamos nuestra obra con honor. Mi sable no saldrá jamás de la vaina por opiniones políticas; usted es un patriota y yo espero que hará en beneficio de nuestra independencia todo género de sacrificios."

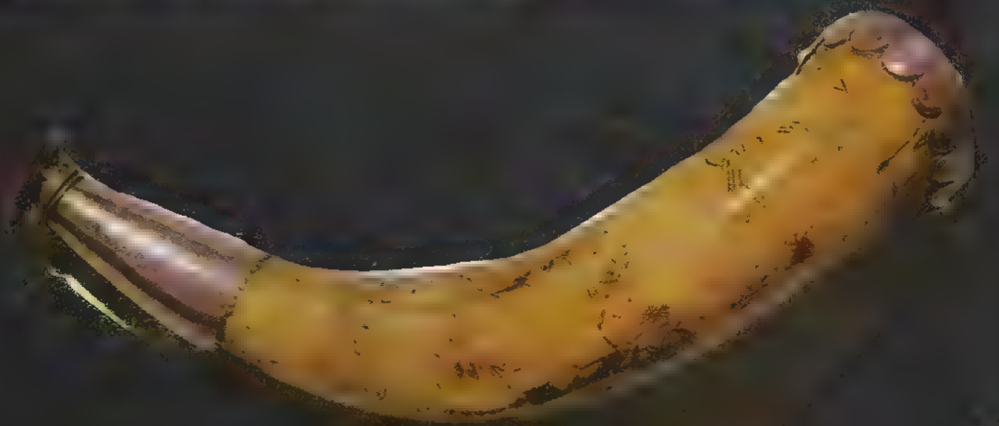


1. Manuel Blanco Encalada. Comandaba la escuadra que enfrentó a los españoles en el Pacífico. Litografía de León Noel (Museo Histórico Nacional).

2. Bernardo de O'Higgins.

3. José de San Martín. Litografía de Géricault.





2







1. "El abrazo de Maipú"
Óleo de Subercaseaux.

2. Chifle usado por el general San Martín en la campaña libertadora
(Museo Histórico Nacional - H. Clemente)

3. Rudecindo Alvarado.
Dirigió el ala izquierda del Ejército Libertador durante la batalla de Maipú
(Museo Histórico Nacional - J. Aguirre)

4. El general Las Heras.
Óleo de Gil de Castro
(Museo Histórico Nacional - J. Aguirre)



1



2

1. "El paso de los Andes".
Óleo de Ballerini
(Museo Histórico Nacional - J. Aguirre).

2. Los granaderos reconstruyen
el paso de los Andes
(Archivo General de la Nación).

En el mes de abril, López intercepta unos despachos dirigidos a Pueyrredón. Al ver que son de San Martín, los devuelve, señalando que las diferencias que existen entre él y el gobierno de Buenos Aires no deben transformarse en un obstáculo para la causa americana. Este gesto de López da motivo a un armisticio que es aprovechado por Pueyrredón para concretar el proyecto de constitución unitaria y aristocrática, ni monárquica ni republicana, que habrá de ser jurada por todo el país excepción hecha de la Banda Oriental, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe. Firmada la constitución el director dejó el cargo a Rondeau mientras siguen las búsquedas de un candidato para la corona. En octubre de 1819 el Congreso aprueba en secreto la candidatura del príncipe de Luca, borbón y sobrino de Fernando VII; pero el mismo mes el caudillo santafesino López rompe el armisticio al saber que Rondeau había pedido al general Lecor, gobernante portugués de Montevideo que acabara con los rebeldes argentinos.

Roto el armisticio, las fuerzas rebeldes marchan sobre Buenos Aires.

San Martín había pasado casi todo el año 1819 en Mendoza; allí le llegaban buenas noticias para su viejo plan de campaña: el paso de los Andes venezolanos por Bolívar (julio de 1819) y el triunfo de Boyacá. Mientras tanto, él estaba detenido allí, espectador de tristes sucesos en los que se pretendía comprometerlo. Amargado por los disgustos, por momentos caía en cama y pasaba días enfermo; sin embargo, al saber de la ruptura del armisticio dio nuevos pasos en busca de la deseada concordia. Pero la situación era irremediable y él era además un jefe militar al servicio del gobierno central. Rondeau, apremiado, solicita su auxilio. "Tengo la orden —escribió San Martín a O'Higgins de marchar a la capital con toda la caballería e infantería que pueda montar; pero me parece imposible poderlo realizar, tanto por la flacura de los animales, como por la falta de numerario." Y agrega: "*Reservado para usted solo.* No pierda un solo momento en avisarme el resultado de Cochrane, para sin perder un solo momento marchar con toda la división a ésa, excepto un escuadrón de Granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la provincia. Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible; pero si no se emprende la expedición al Perú, todo se lo lleva el Diablo."

Poco días más tarde tuvo noticias de que la revolución había estallado en Tucumán, que el gobernador se hallaba preso y que también lo estaba el general Belgrano. El General tomó su decisión: abandonar aquel campo de desorden y volver a Chile. Por lo demás, su salud estaba como nunca destruida. Escribe en esos días: "Tenemos noticias favorables del Perú. Bolívar se ha apoderado de la capital de Nueva Granada. ¡Cuándo querra la suerte que cesen estas desavenencias y tengamos juicio! Crea usted que esto me incomoda más que todos mis padecimientos. El 26 de diciembre mandó su renuncia al Director que la rechaza.

En los primeros días de enero se internó una vez más en la Cordillera rumbo a Chile, tan enfermo que debió cruzarla en camilla. Allá se enteraría de la sublevación del Ejército del Norte y de la derrota de Rondeau en Cepeda, sucesos capitales que cerraban la primera década de la revolución argentina.

No faltaron acusaciones contra él. Pero ¿acaso el gobierno caído se había opuesto a la actitud por él asumida? Y el partido triunfante, que a pesar de sus expresiones anárquicas echó las bases de una democracia nueva ¿no lo había aprobado por boca de sus caudillos?

Bien podía el Libertador retirarse tranquilo de su patria porque el pueblo argentino comprendió bien su actitud en 1820 como la comprendió y aplaudió la posteridad.

La heroica invasión al Perú

Se ha exagerado la posición equívoca del ejército de los Andes y de su jefe en suelo extranjero una vez caído el gobierno central en la capital argentina. Pero debe recordarse que la disolución de las autoridades nacionales no trajo en 1820 la disolución de la nacionalidad argentina, de tal manera que los compromisos internacionales de aquel gobierno no podían quedar anulados por la caída de Rondeau y del Congreso, y entre estos compromisos estaba el suscripto con Chile para liberar el Perú. Pero San Martín creyó más juicioso recurrir a un arbitrio poco convincente, que no fue muy del agrado de sus subordinados. "El congreso y director supremo de las Provincias Unidas dijo— no existen. De estas autoridades emanaba la mía." De lo que infirió que era de su obligación renunciar pero los oficiales consideraban nulo el fundamento de la renuncia y le contestaron: "Queda sentado como base y principio, que la autoridad que recibió el general de los Andes para hacer la guerra a los españoles no ha caducado ni puede caducar, pues que su origen, que es la salud del pueblo, es inmudable."

El ejército de San Martín, así refrendado sin necesidad por el "Acta de Rancagua", se aprestó con el nombre de *Ejército expedicionario* a llevar a cabo el proyecto que justificaba su propia existencia en Chile. Investido con el mando en jefe de la expedición (6 de mayo) y el vicealmirante Cochrane con el mando de la escuadra que había de conducirla, San Martín fue a Valparaíso y le escribió: "Mylord, nuestro destino es común y yo le protesto, que su suerte será igual a la mía."

El ejército expedicionario —dice Mitre— tomó la denominación de "Ejército Libertador del Perú" y sumaba un total de 4430 hombres. De éstos, 2313 hombres de tropa pertenecían al Ejército Argentino de los Andes y de 1805 al ejército de Chile. Con excepción de tres batallones chilenos, todos los demás cuerpos eran mandados por jefes argentinos. La bandera chilena cubría la expedición con su responsabilidad nacional, según lo convenido con San Martín, concurriendo Chile a ella con la decisión de su pueblo y su gobierno, con su escuadra, su tesoro y con la recluta con que había engrosado los dos cuerpos aliados que formaban el Ejército Unido chileno-argentino.

Antes de hacerse a la vela la expedición, San Martín expidió una proclama a los habitantes del Río de la Plata: "Se acerca el momento en que yo debo seguir el destino que me llama. Voy a emprender la grande obra de dar la libertad al Perú." Exponía después sus quejas por las imputaciones de que había sido víctima por haberse retirado con su ejército en momentos en que el desorden cundía por el territorio, atribuía al "delirio de la federación" el origen de los males presentes y, para escudarse ante la calumnia, resumía los servicios prestados desde 1811. "Compatriotas —agrega— yo os dejo con el profundo sentimiento que causa la perspectiva de nuestras desgracias: vosotros me habéis acriminado, aun de no haber contribuido a aumentarlas, porque éste habría sido el resultado si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas; mi ejército era el único que conservaba su moral y lo exponía a perderla... Suponiendo que la suerte de las armas me hubiese sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos. No, el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas... ¡Provincias del Río de la Plata! El día más célebre de nuestra revolución está próximo a amanecer... yo no puedo hacer más que comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país..."

La víspera de partir se dirigió al Cabildo de Buenos Aires, porque las provincias no habían delegado su autoridad en un poder central. "El día de mañana —decía— da la vela la expedición libertadora del Perú. Como su general, tengo el honor de informar a V. E. que representa al pueblo heroico, al virtuoso pueblo más digno de la historia de Sud América y de la gratitud de sus hijos, protestando que mis deseos más ardientes son por su felicidad; y que desde el momento en que se erija la autoridad central de las Provincias, estará el Ejército de los Andes subordinado a sus órdenes superiores con la más llana y respetuosa obediencia."

Las tropas se emarcaron el 20 de agosto de 1820 y fueron despedidas por una enorme y emocionada multitud.

Libertador, no conquistador

Dos sucesos ejercerán gran influjo en la empresa de San Martín: uno es el avance de Bolívar, que a principios de 1820 está



1

en Nueva Granada listo para emprender nuevas campañas; otro es el llamado pronunciamiento de Riego en España (enero de 1820) que hicieron los liberales desalojados y perseguidos desde 1814 por Fernando VII. Esta revolución triunfante cuyo propósito inmediato era restaurar la constitución de 1812, llevó a los liberales al poder e hizo concebir muchas ilusiones a los americanos. Imposible será comprender la actitud de San Martín en el Perú y aún la de Bolívar, sin tenerla en cuenta. La política inicial de los nuevos gobernantes españoles rige y condiciona en cierto sentido los sucesos de América y muchos fueron los convencidos de que todo podría obtenerse por medios diplomáticos, aunque sin abandonar las precauciones bélicas. La expedición de San Martín abordó en la bahía de Paracas, no muy lejos de Lima, hacia el Sur, el 7 de setiembre, y allí desembarcaron las fuerzas de tierra. Al día siguiente avanzaron hasta Pisco. En una proclama dirigida a su ejército dijo el general: "Acordáos que vuestro gran deber es consolar a la América y que no venís a hacer conquistas, sino a libertar pueblos. Los peruanos son vuestros hermanos: abrazadlos y respetad sus derechos como respetasteis los chilenos después de Chacabuco."

Y a los pueblos del Perú: "La revolución de España es de la misma naturaleza que la nuestra; ambas tienen la libertad por objeto y la opresión por causa . . . El tiempo de la opresión y de la fuerza ha pasado. Yo vengo a poner término a esa época de dolor y humillación . . ."

El virrey Pezuela, que en esos momentos juraba la constitución española de 1812, propuso a San Martín un armisticio que fue aceptado. Pero no fue posible llegar a un acuerdo, San Martín proponía como condición preliminar la independencia del Perú, y el virrey, que fuera jurada la constitución y con ella el reconocimiento de Fernando VII. Roto el armisticio, San Martín no abandonó sin embargo su plan de avenimiento pese a que, al mismo tiempo encomendara al general Arenales un cuerpo de ejército con el que debía levantar los pueblos del Sur, proclamar la independencia e internarse en la sierra, rumbo al Norte, para reunirse con el grueso del ejército que habría de estar próximo a la costa y al norte de Lima. Será ésta la proeza militar más brillante de la campaña del Perú. San Martín reembarcó su ejército y partió para hostilizar a Lima.

Es el caso recordar que el general San Martín, modelo de previsión, hacía tres años que tenía espías y propagandistas secretos en el país, mediante las más insospechadas estratagemas. El plan era insuperable: mantener la inquietud del virrey en toda la costa y levantar al mismo tiempo los pueblos de la sierra dispersando las fuerzas de la defensa para dar en el punto elegido el golpe decisivo. Antes de abandonar la costas de Paracas, El Libertador

había creado la bandera del Perú, con el rojo de Chile y el blanco de las Provincias Unidas, su patria. Desembarcó tropas en Ancón, puerto cerca de Lima, y algunas partidas fueron a hostilizar al virrey. Lord Cochrane apresó en El Callao la fragata "La Esmeralda" y San Martín se corrió más al Norte, hasta el puerto de Huacho, para ocupar con su ejército el valle de Huara. Soplaban buenos vientos para la expedición libertadora: Arenales avanzaba en triunfo por la sierra, quedaban cortadas las comunicaciones de Pezuela con el Norte, el batallón recluta Numancia se plegaba a los patriotas y el marqués de Torre Tagle, intendente de Trujillo, adhería a la causa de los independientes.

Pero la idea de una transacción con el gobierno liberal de España seguía trabajando los ánimos: en noviembre, el general español Morillo celebró un armisticio con Bolívar y mantuvo con él una entrevista que terminó en banquete y en efusiones de amistad y regocijo.

A Buenos Aires llegó en enero el bergantín de guerra "Aquiles" con los comisionados de Fernando VII —ahora rey constitucional— para abrir negociaciones. Se les contestó inmediatamente que "la base preliminar era la independencia jurada . . ."

Para acentuar más aquella expectativa, el ejército español del Perú depuso al virrey Pezuela y nombró en su lugar al general La Serna, más adicto a la constitucional. Cochrane bloqueaba El Callao y hostilizaba los puertos intermedios, pero con los calores del estío cayó sobre el ejército Libertador una peste tropical, llamada tercianas, que lo diezmó. De cuatro mil hombres que habían desembarcado en Pisco, tres mil estaban en los hospitales a mediados de abril de 1821.

En estas circunstancias y cuando se habían hecho algunas "aberturas pacíficas" con La Serna y éste se mostraba dispuesto a evacuar, llegó al campamento de Huara, desde el Norte, el comisionado del gobierno constitucional español Manuel Abreu. Mantuvo allí largas conversaciones con San Martín y al volver a Lima hizo grandes elogios de él e insinuó que los realistas del Perú eran los culpables de la continuación de la guerra. Los realistas tomaron a mal estas expansiones pero obligado el virrey a cumplir las órdenes de su gobierno debió abrir negociaciones que San Martín exigió se propusieran oficialmente.

"Al mismo tiempo que iniciaba esta nueva campaña diplomática —dice Mitre— abría dos campañas militares sobre la sierra y sobre la costa, y preparaba una cuarta sobre Lima con el esqueleto de su ejército diezmado por la epidemia. Desprendió una columna . . . para que abriese hostilidades bajo la dirección de Cochrane. Comprendiendo que había cometido un error al abandonar la sierra, y a fin de salvar sus tropas de las fiebres que la devoraban, dispuso que otra fuerte columna al mando



2

1. *"Paso de los Andes"*
(Academia Nacional de la Historia. Historia de la Nación Argentina).

2. *Campañas de San Martín y Bolívar.*

de Arenales, recuperase el terreno perdido en la cordillera central. Con el resto, estrechó el asedio de Lima."

San Martín, siempre dispuesto a entrar en negociaciones diplomáticas, nombró sus comisionados y de las conversaciones con el virrey resultó una entrevista que éste debía celebrar con el general del Ejército Unido. Conocida con el nombre de entrevista de Puchaucá, la reunión fue muy cordial y se la rodeó de mucho aparato.

El Libertador propusó allí, como condición preliminar, la independencia del Perú y la formación de una regencia compuesta de tres miembros nombrados por él y por La Serna. Dos comisionados irían a España en busca de un príncipe que ocuparía el trono del nuevo estado. La Serna no encontró mal lo propuesto, pero los oficiales de su ejército negaron su aprobación no llegándose a ningún resultado positivo en el fin perseguido que era obtener la independencia del Perú.

Años más tarde, San Martín explicó su posición en Punchauca en una carta a Miller: "El General San Martín, que conocía a fondo la política del gabinete de Madrid, estaba bien persuadido de que él no aprobaría jamás este tratado; pero como su principal objeto era comprometer a los jefes españoles, como de hecho lo quedaban habiendo reconocido la independencia, no tendrían otro partido que tomar, que el de unir su suerte a la de la causa americana."

Entrada triunfal en Lima

Al tiempo que fracasaba la conferencia de Punchauca, quedaba roto el armisticio de Bolívar con los españoles y la guerra se encendía nuevamente en el Norte. Lima es abandonada por los realistas, hecho que San Martín esperaba se produjera en la rada del Callao. Allí fue visitado por el capitán Hall a quien le dijo: "La gente se pregunta por qué no marcho sobre Lima al momento. Lo podría hacer e instantáneamente lo haría si así conviniese a mis designios; pero no conviene. No busco gloria militar, no ambiciono el título de conquistador del Perú; quiero solamente librarlo de la opresión. ¿De qué me serviría Lima, si sus habitantes fueran hostiles en opinión pública? ¿Cómo podría progresar la causa independiente si yo tomase Lima militarmente y aun el país entero? ... Muy diferentes son mis designios. Quiero que todos los hombres piensen como yo y no dar un solo paso más allá de la marcha progresiva de la opinión pública; estando ahora la capital madura para manifestar sus sentimientos, le daré oportunidad de hacerlo sin riesgo. En la expectativa segura de este momento, he retardado hasta ahora mi avance; y para quienes conozcan toda la amplitud de medios de que dispongo, aparecerá la explicación suficiente de todas las dilaciones que han tenido lugar. He estado ciertamente ganando, día a día, nuevos aliados en los corazones del pueblo. En el punto secundario de la fuerza militar, he sido por las mismas causas igualmente feliz, aumentando y mejorando el ejército libertador, mientras el realista ha sido debilitado por la escasez y la deserción. El país ahora se ha dado cuenta de su propio interés, y es razonable que los habitantes tengan los medios de expresar lo que piensan. La opinión pública es máquina recién introducida en este país; los españoles, incapaces de dirigirla, han prohibido su uso; pero ahora experimentarán su fuerza e importancia." Y en otro momento le dice al mismo Hall: "Todo mi deseo es que este país se maneje por sí mismo y solamente por sí mismo. En cuanto a la manera en que ha de gobernarse, no me concierne en absoluto. Me propongo únicamente dar al pueblo los medios de declararse independiente estableciendo una forma de gobierno adecuada y, verificado esto, consideraré haber hecho bastante y me alejaré."

En los primeros días de julio de 1821 el virrey La Serna decidió hacer abandono de la ciudad para retirarse con su ejército, todavía muy respetable, hasta la sierra y combatir a su enemigo desde el interior del país. San Martín hizo su entrada el 12 de julio. Quince días antes, Bolívar había chocado con el general español La Torre en el llano de Carabobo y obtenido una espléndida victoria equivalente a la de Maipú, para los americanos de Venezuela.

Después de aquel hecho glorioso, el Libertador Bolívar escribió a San Martín: "Excelentísimo Señor: mi primer pensamiento en campo de Carabobo, cuando vi a mi patria libre, fue V. E., el Perú y su ejército libertador. Al contemplar que ya ningún obstáculo se oponía a que yo volase a extender mis brazos al Libertador de la América del Sur, el gozo colmó mis sentimientos. V. E. debre creerme: después del bien de Colombia, nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de V. E., tan dignas de llevar sus estandartes gloriosos donde quiera que haya esclavos que se abriguen a su sombra.

"¡Quiera el cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú! Pero él marcha penetrado de la confianza de que, unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverán ni aún a mirarlo ..."

La entrada de San Martín en Lima se parece mucho a las entradas que hizo en Buenos Aires después de Chacabuco y después de Maipú. "En vez de venir con pompa oficial —dice Hall—, esperó oscureciese para entrar a caballo y sin escolta, acompañado por un simple ayudante." La noticia, difundida muy pronto por toda América, fue celebrada con gran júbilo. Poco tiempo después se dispuso la reunión de un Cabildo abierto que decidió proclamar la independencia absoluta del Perú, lo que se llevó a cabo en acto solemne el 28 de julio, acto en el cual "San Martín desplegó por primera vez la bandera independiente del Perú, proclamando ...: 'Desde este momento el Perú es libre e independiente por voluntad general del pueblo y por la justicia de su causa, que Dios defiende!' Luego, batiendo la bandera, exclamó: '¡Viva la patria! ¡Viva la independencia! ¡Viva la libertad! ...', palabras que fueron recogidas y repetidas por la multitud ..."

Guayaquil, ejemplo de abnegación

Proclamada la independencia, una diputación del Cabildo ofreció a San Martín el mando supremo de la República que aquél asumió con el título de Protector del Perú. Pero su poder no se extendía a todo el Perú; el ejército español se había reconcentrado en la sierra y allí se aumentaba y las fortificaciones del Callao habían quedado en poder del enemigo.

A poco de instalarse en Lima el nuevo gobierno, el general Canterac bajó de la sierra con cuatro mil hombres, al parecer para proveer a la guarnición del Callao y pasó muy cerca de las fuerzas del Protector sin que éstas intentaran atacarlo. Pese a las incitaciones de Lord Cochrane y otros oficiales que lo incitaban a evitar la entrada de Canterac a la plaza española, él se negó y asumió una actitud pasiva que fue criticada y parecía inexplicable. Lo cierto es que el general español, lejos de llevar provisiones al Callao, sacó de allí elementos de guerra y, poco tiempo después, el jefe de la guarnición, general La Mar, peruano de nacimiento, capitulaba con honores para incorporarse al ejército independiente. En este punto se produjo una ruidosa ruptura entre Lord Cochrane y San Martín a propósito de la paga de los marinos, lo que motivó la retirada a Chile del vicealmirante donde inició una campaña de propaganda calumniosa contra su oponente. Entretanto la situación de este último no era en Lima nada segura. Adoptó muchas medidas de orden interno, a cual más plausible pero lo que importaba era consolidar el poder y aumentar el prestigio del ejército con nuevas victorias.

La acción militar se desarrolló muy lentamente a fines de 1821 y algunas medidas política causaron descontento, hasta ser criticadas sin rebozo por los mismos oficiales. Considerábase un error que el general, para captarse la voluntad de oficiales realistas recién incorporados a su ejército, les encomendara misiones de gran responsabilidad, prescindiendo de sus antiguos compañeros de armas; mirábase además con antipatía a su ministro Monteagudo y chocaban ciertas medidas rigurosas que consideró necesarias.

En esta situación, en diciembre de 1821, reunido con su consejo de estado, San Martín resolvió, para conservar el orden interior del Perú y alcanzar otras ventajas como el establecimiento de un gobierno vigoroso y el reconocimiento de la independencia, iniciar una gestión diplomática en



1. *Caricaturas de la época. Aparecen San Martín y O'Higgins* (Museo Histórico Nacional - J. Aguirre).

Europa tendiente a la implantación de una monarquía constitucional. Sus intenciones fueron buenas, pero la maledicencia le acusó de pretender coronarse emperador. Pocas cosas amargaron tanto su vida como esta suposición malévola. Fue, sin duda, un error.

Por ese mismo tiempo, el Protector nombró comandante militar de Yca, en el sur de Lima, al general Domingo Tristán, *pasado*, como se decía, del ejército español; el general Canterac tardó poco en dispersarle todas las fuerzas y hacer más de mil prisioneros. Natural es que este contraste tuviera malas consecuencias para la causa. Lo peor fue que ello sucedió en momentos en que el Protector, por contribuir a la guerra del Norte, había cedido a Sucre, lugarteniente de Bolívar, mil seiscientos soldados con sus jefes. Con este auxilio Sucre venció en Río Bamba y en Pichincha, victoria esta última que le dio el dominio de Quito y permitió a Bolívar entrar victorioso en esa población, desde el Norte, después de vencer a los españoles en Bombоná. De esta manera, Bolívar completaba la independencia de Venezuela y de Nueva Granada, dejando asegurados en esos territorios el poder de la Gran Colombia.

La República de Colombia, con la capital en Bogotá, tenía como presidente al mismo Bolívar que se encontraba con un gran ejército victorioso en Quito, al frente de una república formada por grandes territorios y con su vista puesta en el Perú. Allí estaba San Martín, en trances difíciles, con su oficialidad soliviantada en parte, con un ministro mal mirado por la opinión, amenazado por dos ejércitos españoles e indeciso entre romper con un acto de fuerza el tejido de intrigas políticas que podía terminar con su obra, o buscar una solución pacífica cualquiera.

Fueron éstos para él, graves y apurados momentos. Desprestigiado en la costa del Pacífico por Cochrane y con enemigos en Lima, estaba además Bolívar que se encontraba en Quito y podía llegar a Guayaquil que hizo su revolución cuando se levantó el norte del Perú en adhesión a San Martín y que, para el Protector, debía formar parte de este país. Dada la situación creada en Lima y en la Gran Colombia, sólo un acercamiento entre Bolívar y San Martín podía significar una solución. Ambos se habían mirado desde lejos, ya desde tiempo atrás ... El 26 de julio desembarcó San Martín en Guayaquil y Bolívar lo recibió con todos los honores. Entre ese día y el siguiente mantuvieron tres entrevistas a solas. Aunque algunos de los oficiales de ambos jefes pretendieron, pasados muchos años, estar al tanto de lo que se trató en esas conferencias y mucho se ha escrito sobre ellas, son todavía en parte, un secreto para la historia, por lo menos en lo tocante a todas las cuestiones que allí se trataron. Median también algunos documentos contradictorios.

Una carta del general San Martín, escrita desde Bruselas cinco años después y dirigida al general Miller dice así: "En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú, auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América lo exigía, por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada, cuanto el ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha se había aumentado con sus prisioneros, y contaba con 3.600 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el Libertador, me declaró que, haciendo todos los esfuerzos posible, sólo podía desprenderse de tres batallones, con la fuerza de 1.070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes par terminar la guerra, pues estaba convencido de que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia; así es que mi resolución fue tomada en el acto, creyendo de mi deber el último sacrificio, en beneficio del país. Al siguiente día y a presencia del vicealmirante Blanco, dije al Libertador que, habiendo dejado convocado el Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú, añadiéndole: Ahora le queda a usted, mi general, un nuevo campo de gloria en el que va usted a poner el último sello de la libertad de la América. (Yo autorizo y ruego a usted escriba al general. Blanco, a fin de rectificar este hecho.) A las dos de la mañana del siguiente día, me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote, y entregándome su retrato como una memoria de lo sincero de su amistad..."

En su viaje de vuelta, Espejo recuerda que San Martín le dijo a uno de sus edecanes: "Pero, ¿han visto cómo el general Bolívar nos ha ganado de mano? Mas espero que Guayaquil no será agregado a Colombia, porque la mayoría del pueblo rechaza esa idea."

Pero apenas llegado al Callao, es la situación de Lima la que se torna la principal preocupación para San Martín, aunque esta situación ya había pesado antes en sus decisiones, según algunos. Porque entre quienes han considerado "históricamente" la entrevista de Guayaquil, queda pendiente esta cuestión: ¿fue la actitud de Bolívar en la reunión la que determinó el alejamiento de San Martín de la vida pública?... ¡Sí!, contestan unos. Si Bolívar hubiera dado las fuerzas pedidas, fuerzas que podía y debía dar en seguida, San Martín habría terminado inmediatamente la guerra del Perú. ¡No!, contestan otros: Bolívar ofreció lo que podía y debía ofrecer en los plazos y circunstancias necesarios, y el alejamiento de San Martín estaba decidido por él mismo antes de Guayaquil. Lo precipitó la revolución contra Monteagudo que le fue comunicada por Bolívar. En Guayaquil se trató sobre todo, de monarquía y república. San Martín era monárquico, Bolívar republicano.

Los hechos demostraron sin embargo que San Martín no era tan monárquico ni Bolívar tan republicano.

El primer ciudadano de América

Cuando San Martín llega a Lima, se siente afectado por la posición de Riva Agüero que lo recibe con muestras de adhesión a pesar de haber sido el autor del motín que había depuesto al ministro Monteagudo. Decidió entonces instalar solemnemente el Congreso el 20 de setiembre y luego de hacerlo renunció. "La dimisión de San Martín —dice Vicuña Mackenna— no fue el generoso arranque de un alma impresionable. Fue el fruto de sus convicciones maduradas por la experiencia y los hechos, de su desinterés, y más que todo, de su indestructible buen sentido, que le pintaba como concluida su misión. Él dejaba de ser grande como caudillo, pero se hacía por aquel acto el primer ciudadano de América."

El Congreso lo nombró generalísimo del Perú con un voto de gracias y una pensión vitalicia. San Martín aceptó el título y el beneficio pero no el ejercicio del cargo. También en sesión vitalicia del organismo se le acordó el título de *Fundador de la libertad del Perú* con el uso de la banda bicolor, se dispuso levantarle una estatua y que en todo tiempo se le hicieran en el territorio de la República los honores anexos al Poder Ejecutivo.

Ese mismo día dirigió San Martín a los peruanos su última despedida: "Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer la independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga), es temible a los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte ya estoy aburrido de oir decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré dispuestos a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en simple particular y no más."

Varias comisiones de diputados le pidieron que continuase ejerciendo el poder, pero él rehusó. Esa misma noche, al comunicarle a su amigo, el general Guido, su decisión de marcharse inmediatamente, le dice: "...no desconozco ni los intereses de América ni mis imperiosos deberes, y me devora el pesar de abandonar camaradas que quiero como a hijos, y a los generosos patriotas que me han ayudado en mis afanes; pero no podría demorarme un sólo día sin complicar mi situación; me marcho. Tenga usted por cierto que por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto, sino bajo condiciones decididamente contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones más firmes. Voy a decirlo: una de ellas es la inexcusable necesidad a que me han estrechado, si he de sostener el honor del ejército y su disciplina, de fusilar algunos jefes; y me falta valor para hacerlo con compañeros de armas que me han seguido en los días prósperos y adversos, pero en realidad existe una dificultad mayor, que no podría yo vencer a expensas de la suerte del país y de mi propio crédito, y a tal cosa no me resuelvo. Lo diré a Ud. sin doblez: Bolívar y yo no cabemos en el Perú; he penetrado sus miradas arrojadas, he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña, quizá no me sería dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo. No, no será San Martín quien contribuya con su conducta a dar un día de zambra al enemigo, contribuyendo a franquearle el paso para saciar su venganza."

Embarcó esa misma noche y llegó el 13 de octubre a Valparaíso, escaso de dineros y sin mando alguno. El gobierno d O'Higgins no era el de 1819 y 1820 y nada podía esperar ya de él, ni nada pediría tampoco el ex Protector del Perú. La propaganda de Lord Cochrane daba además sus frutos ácidos y, fuera del círculo de O'Higgins, San Martín había perdido mucho aquel prestigio de general victorioso.

Pero O'Higgins seguía siendo el mismo y lo recibió y hospedó en la quinta del Conventillo donde pasó sesenta días en cama, no al parecer obsesionado por lo que tenía que afrontar en lo venidero, sino con su pensamiento puesto en el Perú.

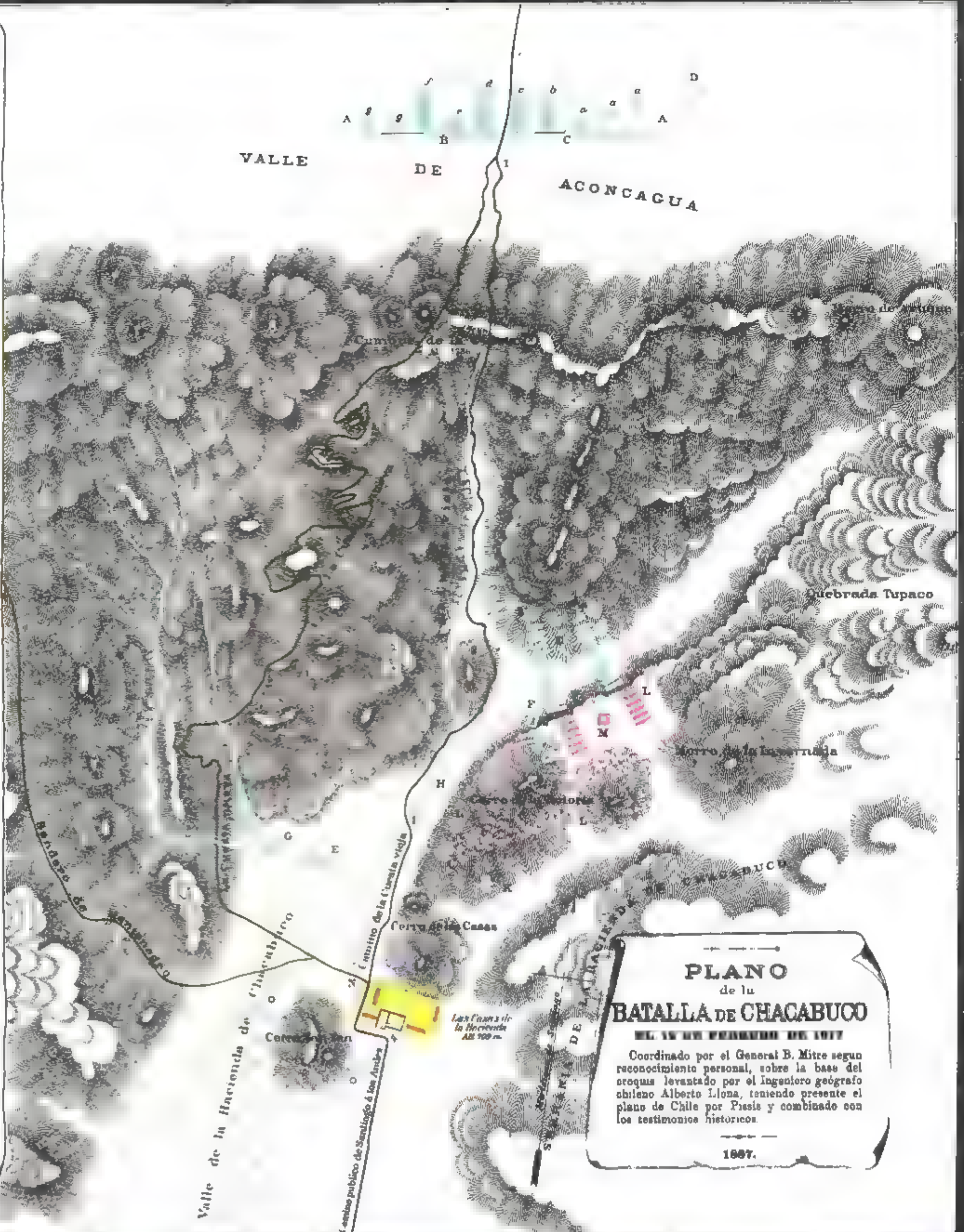
A fines de enero de 1823, no muy repuesto de su dolencia, emprendió el viaje a Mendoza, y una vez más, montado en su mula zaina, trepó a las cumbres... Lo acompañaban un capitán chileno, dos asistentes y algunos arrieros.

Su permanencia en Mendoza se prolongó hasta noviembre, por lo que puede decirse que pasó todo el año en aquella *ínsula cuyana* de su predilección. Allí le llegaban noticias de Chile, del Perú y de Buenos Aires, malas casi todas: de Chile, la caída de su amigo O'Higgins... De Perú las derrotas peruanas anteriores a la campaña de Bolívar que terminó con la victoria de Ayacucho... De Buenos Aires, la grave enfermedad de su mujer, que falleció en agosto de ese mismo año...

"¡Son cosas de llorar!"

Por fortuna, los demás gobiernos de las provincias y esos caudillos a quienes San Martín hubiera querido mantener quietos en 1819 y 1820, dábanle sinceros testimonios de adhesión en 1823 como se los habían dado en el año anterior. Cuenta Olazábal que San Martín recibió una carta de López en la cual éste le decía: "Sé de una





1. Plano de la batalla de Chacabuco
(Historia de San Martín
por Bartolomé Mitre)

2. Simón Bolívar
(Museo Histórico Nacional - J. Aguirre)





1

1. Réplica de la casa de Grand Bourg existente en Buenos Aires (H. Clemente)

2. Inauguración del monumento a San Martín en Boulogne-sur-Mer, 1909 Granaderos y soldados franceses rinden homenaje.

3. Mercedes San Martín de Balcarce (Archivo General de la Nación).

4. San Martín anciano, Daguerrotipo tomado en París en 1848.

manera positiva, por mis agentes en Buenos Aires, que a la llegada de V. E. a aquella capital, será mandado juzgar por el gobierno en un consejo de guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes en 1819, haciendo la gloriosa campaña de Chile, no invadir a Santa Fe, y la expedición libertadora del Perú. Para evitar esta escándalo inaudito, y en manifestación de mi gratitud y del pueblo que presido, por haberse negado V. E. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos, con los cuerpos del ejército de los Andes . . . siento el honor de asegurar a V. E. que, a su solo aviso, estaré con la provincia en masa a esperar a V. E. en el Desmochado, para llevarlo en triunfo hasta la plaza de la Victoria. Si V. E. no aceptase esto, fácil me será hacerlo conducir con toda seguridad por Entre Ríos, hasta Montevideo, etc.".

San Martín no pudo creer en tal proceder en el pueblo de Buenos Aires y decidió ir solo, "solo, como he cruzado el Pacífico, y [illegible]oy entre mis mendocinos".

V[illegible] la pena recordar que en 1822 él había pedido ayuda a las provincias argentinas y Bustos, López y otros gobernadores se dispusieron a auxiliarlo, pero el gobierno de Martín Rodríguez negó los fondos necesarios, considerando que la gestión no era oportuna porque el gobierno de los Estados Unidos estaba por reconocer la independencia, que lo mismo se esperaba de Gran Bretaña y que los representantes de España se inclinaban por la paz.

Pese a todo esto, San Martín miraba con cierta simpatía al gobierno de Rodríguez y llegó a hacer en cierta oportunidad el elogio de Rivadavia. Pero un año después tendrá oportunidad de convencerse que Rivadavia no es amigo suyo y después será nada devoto del progresismo y de ciertas empresas puramente administrativas.

En los primeros días de diciembre de 1823, el general llegó a Buenos Aires; venía en busca de su pequeña hija huérfana de madre para llevársela consigo y ausentarse del país. Sólo encontró indiferencia "oficial" e intrigas imposibles de contrarrestar y el 10 de febrero de 1824 se embarcó con destino a El Havre.

Considerado sospechoso por el gobierno de Luis XVIII, partió hacia Londres. Allí se encontraría con Rivadavia y algo grave debió ocurrir entre ambos, a juzgar por las críticas que se harán mutuamente a partir de ese momento.

A fines de 1824, San Martín, siempre preocupado por la suerte de América, se establece en Bruselas, acompañado de su hija cuya educación deseaba completar para después regresar a su chacra en Mendoza. Allí permaneció tres años llevando la modesta vida de un viejo soldado retirado a sus cuarteles, una vida que él mismo describió en una carta al general Guido: "Vivo en una casita de campo, tres cuadras de la ciudad, en compañía de mi hermano Justo; ocupo mis mañanas en la cultura de un pequeño jardín y en mi taller de carpintería; por las tardes salgo de paseo y las noches en la lectura de algunos libros. Usted dirá que soy feliz. Sí, amigo mío, verdaderamente lo soy. A pesar de esto ¿creerá usted si le aseguro que mi alma encuentra un vacío que existe en la misma felicidad? ¿Sabe usted cuál es? El de no estar en Mendoza".

De esta época son también las declaraciones que hiciera al coronel peruano Iturregui, sobre su salida del Perú, declaraciones que reafirman otras escritas u orales. Entre otras cosas, le dijo: ". . . que había encontrado en este general [Bolívar] las mejores disposiciones para unir sus fuerzas a las del Perú contra el enemigo común, pero que al mismo tiempo le había dejado ver muy claramente un plan ya formado y decidido de pasar personalmente al Perú y de intervenir en jefe, tanto en la dirección de la guerra como en la de su política; que no permitiéndole su honor asentir a la realización de este plan, era visto que de su permanencia en el Perú debía haber resultado un choque con el general Bolívar . . . y además el fraccionamiento en partidos, del Perú . . . y conociendo las inmensas ventajas que todo esto debería dar a los españoles, se había decidido a separarse . . . dejando que el general Bolívar, sin contradicción ninguna, reuniese sus fuerzas a las del Perú y concluyese la guerra", y agregó "que sabía que perdía la gloria de concluir su obra, que se exponía a las maledicencias, pero que sintió que su deber era actuar así".

Mientras tanto le llegan a Bruselas las noticias de la guerra de su país con el Brasil a raíz del problema de la Banda Oriental. En Buenos Aires, Dorrego solicita a algunos diputados que se ponga a San Martín al frente de la expedición pero el nombramiento de Rivadavia para la presidencia priva a los argentinos del gran jefe necesario para llevar adelante con éxito sus objetivos. A la renuncia de Rivadavia, sucedido por López y Planes, se vuelve a pensar en él, que a su vez ofrece al presidente sus servicios "a la injusta aunque impolítica guerra en que se halla empeñada nuestra patria".

En noviembre de 1828 se embarca para Buenos Aires, pero cuando llega ¡cuántas cosas habían pasado! López y Planes había renunciado, se había firmado la paz con el Imperio, previa independencia de la Banda Oriental, como Rivadavia lo había prometido a Canning; y . . . para remate de todo . . . una división del ejército argentino sublevada al mando de Lavalle, había fusilado "por orden" del jefe a Dorrego, gobernador legal de Buenos Aires . . .

Un caudillo de la Banda Oriental, que no se distinguía por su ilustración y escribía con dificultad, Fructuoso Rivera, resumió, sin embargo, con su pluma este estado de



2



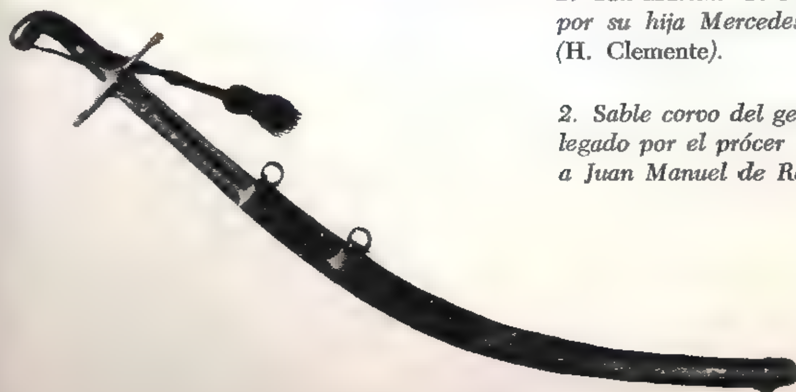
3



4



1



2

1. San Martín. Óleo pintado por su hija Mercedes en 1856 (H. Clemente).

2. Sable corvo del general San Martín legado por el prócer a Juan Manuel de Rosas.

cosas en forma lapidaria: "¡Son cosas de llorar!" ¡Cuánto hubo de llorar la patria semejante extravío.

¿Revolución y contrarrevolución?

San Martín no quiso siquiera pisar su tierra, disgustado por la situación y las críticas que se le hicieron al difundirse la noticia de su llegada. Emprendió la vuelta y se detuvo en Montevideo; allí recibió una comunicación de Lavalle solicitándole que volviera para allanar las dificultades por las que atravesaba el país pero él se negó, considerando que era imposible hacerlo, dado el estado de cosas y porque no quería respaldar ni ser utilizado por los autores del movimiento del 1º de diciembre, movimiento que consideraba funesto. Escribió entonces: "Mi presencia en el país, en estas afligentes circunstancias, lejos de ser de alguna utilidad no es más que embarazosa para la presente administración... y para mí de continuos disgustos... Por lo tanto, he resuelto regresar a Bruselas, al lado de mi hija..."

Y así lo hizo. Podía haberle dicho adiós al Río de la Plata. Volverían sus restos y le quedaban veinte años más de una vida en que tuvo quizá más contrariedades y sinsabores que venturas y halagos.

Ese mismo año de 1829 lo encontramos otra vez en Bruselas ocupándose de su hija. No vivía en verdad, tan solitario, como pudiera creerse, y no solamente era conocido en los círculos políticos sino también sociales de la ciudad.

Pero la vida plácida de Bruselas fue alterada de pronto por la revolución de la independencia belga, que tuvo por objeto la separación de este país del reino de Holanda. La revolución se concentró en Bruselas y los patriotas belgas, que carecían de un verdadero jefe, ofrecieron al general San Martín el mando del ejército, ofrecimiento que él rehusó, invocando las leyes de la hospitalidad y su calidad de extranjero.

En 1830, la instauración de la república en Francia, le permitió fijar su residencia en París. Allí vivió pobremente, porque sus rentas eran escasas y encontraba dificultades para percibirlas. Tenía el alquiler de una casa de Buenos Aires, obsequio del gobierno argentino a su hija. La pensión que también le había concedido su país no se hacía efectiva en tiempo de Rivadavia; el gobierno peruano no le liquidaba por entonces su pensión y menos producía su chacra de Mendoza... También estuvo francamente enfermo y —según él mismo dijo— expuesto a morir en un hospital, pero la hija, en quien había puesto toda su ternura, dotándola de una esmeradísima educación, casó muy a gusto del general, en diciembre de 1832, con Mariano Balcarce, empleado de la legación argentina en París, e hijo de su amigo el general Antonio Balcarce, vencedor de Suipacha y guerrero ilustre de Chile. Una

vez casada, su hija se marchó a Buenos Aires. Él se queda solo y es entonces cuando se reencuentra con Alejandro Aguado, opulento banquero que había sido compañero de armas de San Martín en España. Éste le facilitó la adquisición de una casa de campo en Grand Bourg y a partir de ese momento mejoró en mucho la situación del general.
No sólo materialmente. En 1836 vuelve su hija Mercedes para vivir con él, trayéndole una nieta a la que ese mismo año se agregó otra, nacida en aquel sosegado retiro.
Allí le llegó la noticia del conflicto entre el gobierno francés y el dictador Rosas, resuelta mediante el bloqueo de los puertos argentinos por parte de la primera potencia. Sin vacilar y pese a que su actitud comprometía su posición de extranjero propietario en Francia, escribió a Rosas: "He visto por los papeles públicos de ésta el bloqueo que el gobierno francés ha establecido contra nuestro país; ignoro los resultados de esta medida; si son los de la guerra, yo sé los que mi deber me impone como americano, pero en mis circunstancias, y la de que no se fuese a creer que me supongo un hombre necesario, hacen, por un exceso de delicadeza, que usted sabrá valorar, que espere sus órdenes; tres días después de haberlas recibido me pondré en marcha para servir a la patria honradamente en cualquier clase que se me destine".
Rosas contestó inmediatamente con muchos elogios para el prócer, pero declinó el ofrecimiento, "tanto más —le decía— cuando concibo que, permaneciendo usted en Europa, podrá prestar en lo sucesivo a esta República sus buenos servicios en Inglaterra y Francia".
En el Río de la Plata se estaba produciendo lo que San Martín vio claramente en 1829: "Era absolutamente imposible reunir los partidos sin el extèrminio de uno de ellos", y el general miraba con preocupación lo que pasaba en la Confederación Argentina, pero no totalmente por arriba de toda parcialidad política, sino con un poquitín de simpatía por los federales . . .
Cuando Vicente López y Planes analiza la situación considerando a los años 1810-1821 como de revolución y a los de 1821-1827 como de contrarrevolución, agrega: "La revolución consagró el principio: *patriotismo sobre todo*; la contrarrevolución sin atreverse a excluir este principio, de hecho lo miró con mal de ojo y dijo sólo: *habilidad y riqueza*". San Martín aprueba la interpretación. Le dice: "Convengo con usted en que el incremento que han tomado las discordias en Buenos Aires tienen su base en la revolución y en la contrarrevolución".
El conflicto internacional fue solucionado en 1840 y las relaciones entre el Dictador argentino y el Señor de Grand Bourg fueron constantes y cordiales.
Muy errado estaría quien creyera que en esta época el general San Martín era un pobre vergonzante, olvidado de todos, o víctima de la indiferencia pública. En 1839, Rosas le nombra ministro plenipotenciario de la Confederación Argentina en Francia, cargo que él no aceptó con excusas corteses. Pooo después el presidente de Chile invitóle a regresar a ese país "donde tendrá —le decía— un retiro honorable en el seno de sus amigos que no dejan de ser bastantes". El corazón del general —según sus propias palabras— "rebosó de satisfacción". Y en ese mismo año, una ley del congreso de Chile dispuso: "El general don José de San Martín se considerará por toda su vida como en servicio activo en el ejército y se le abonará el sueldo íntegro correspondiente a su clase, aun cuando resida fuera del territorio de la República". Por su parte, el Dictador argentino dijo en mensaje anual: "El general José de San Martín, de un renombre inmarcesible en la historia americana, merece altamente la más distinguida estimación del gobierno de la República y de la América."

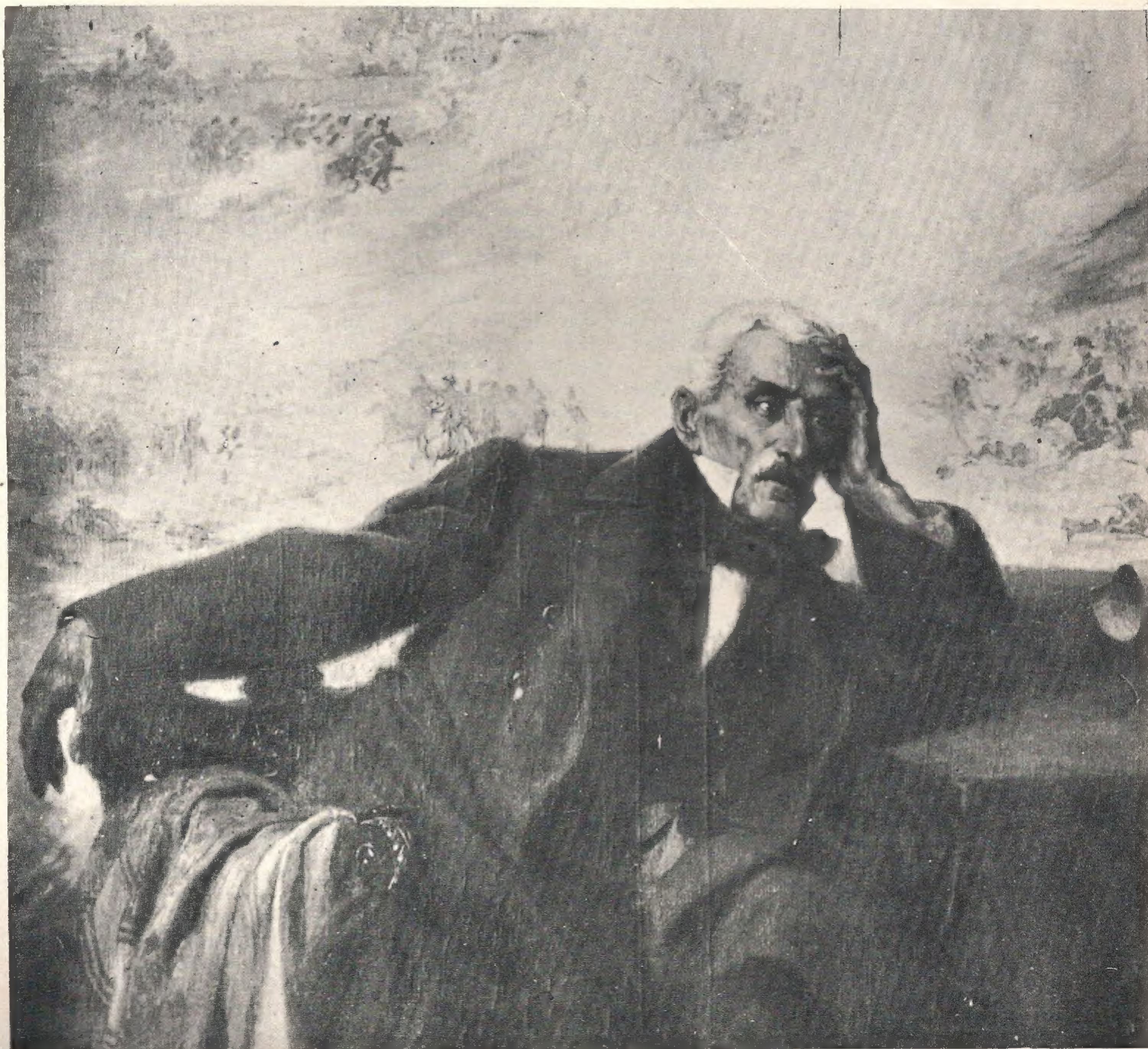
Aledaños de la inmortalidad

En 1842, don Alejandro Aguado murió repentinamente en Asturias. Abierto su testamento, súpose que el general San Martín había sido nombrado albacea de la sucesión y tutor de los hijos del falleeido. También correspondió al general un legado importante de su amigo, lo que mejoró materialmente su situación. Pero, en general, la vida austera de Grand Bourg no se modificó. San Martín llevaba una vida tranquila, se dedicaba a la carpintería, a colorear marinas, a arreglar sus cosas, a montar a caballo, su ejercicio favorito y, muy especialmente a leer los filósofos del siglo XVIII. Recibía visitas que llegaban a saludarlo y que dejaron testimonios sobre esa época, como Juan Bautista Alberdi, Florencio Varela y Sarmiento.
En 1845 un nuevo conflicto producido años antes (1842) entre Rosas y los gobiernos de Francia e Inglaterra, fue objeto de comentarios en Europa porque estos países habían enviado sus escuadras al Río de la Plata y se esperaba que este hecho trajera como consecuencia la caída del Dictador. Pero Rosas resistió enérgicamente y las dos naciones, entonces las más poderosas del mundo, resignáronse a firmar tratados, en verdad muy honrosos para la Confederación Argentina. San Martín estuvo en este nuevo conflicto y desde el principio junto al Dictador de Buenos Aires, a quien le escribe para decirle que ya está débil y enfermo para combatir pero, asimismo, sus servicios podrían demostrar "que en la injustísima agresión y abuso de la fuerza de la Inglaterra y Francia contra nuestro país, éste tenía un viejo defensor de su honra y de su independencia".
Cuando se produce la revolución de 1848 en Francia, que provoca la caída del rey Luis Felipe y la instauración de la segunda República, San Martín parte con su familia para radicarse en Boulogne-sur-Mer. La salud del general decaía cada vez más y estaba casi ciego; pero no olvidado por los países de América que le debían su existencia.
Había San Martín ya tomado sus últimas disposiciones y formalizado su testamento desde 1844. Lo que más puede interesarnos en él son aquellas cláusulas que tienen relación con sus miras de patriota. La que expresa su deseo de que su corazón sea depositado en Buenos Aires, y la relativa a su sable de Libertador, que debía ser entregado al general Juan Manuel de Rosas por la satisfacción que él, San Martín, tuvo *"como argentino*, por la firmeza con que aquel general sostuvo el *honor de la República* contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla".
El 13 de agosto, sus dolores aumentaron con insólita violencia. Sintiéndose muy atormentado y sin atreverse a quejarse en presencia de su hija, le dijo solo, con una apagada sonrisa, estas palabras impregnadas de una poética melancolía: *C'est l'orage qui mène au port . . .*
Cuatro días después, el 17 de agosto, expiró.
"El carácter de San Martín —dice Mitre— es uno de aquellos que se imponen a la historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se trasmite a la posteridad como hombre de acción consciente. El germen de una idea por él incubada, que brota de las entrañas de la tierra nativa, se deposita en su alma y es el campeón de esa idea. Como general de la hegemonía argentina primero, y de la chileno-argentina después, es el heraldo de los principios fundamentales que han dado su constitución internacional a la América, cohesión a sus partes componentes, y equilibrio a sus estados independientes. Con todas sus deficiencias, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sud-americana. Fiel a la máxima que regló su vida, *fue lo que debía ser* y antes que ser lo que no debía prefirió *no ser nada*. Por eso vivirá en la inmortalidad."

Bibliografía

Nota: El presente trabajo es un resumen del libro *San Martín vivo*, de José Luis Busaniche, efectuado por el Departamento Los Hombres de la Historia del Centro Editor de América Latina. La Editorial agradece a Editorial Emecé, titular de los derechos sobre la obra citada, su gentil permiso para realizar esta síntesis.
El autor de la obra cita y transcribe fragmentos del libro *La historia de San Martín*, de Mitre (existen varias ediciones). Otras obras de consulta citadas: J. J. Pacífico Otero, *Historia del Libertador don José de San Martín;* Barcia Trelles, *San Martín en España;* W. Yates, *José Miguel Carrera;* J. L. Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos;* E. Acevedo Díaz, *El paso de los Andes, camino a través de cuatro cordilleras;* R. Rojas, *El santo de la espada;* D. Barros Arana, *Historia general de Chile*. Otras obras y fuentes utilizadas pueden consultarse en J. L. Busaniche, *San Martín vivo*, Buenos Aires, Emecé.

1. San Martín en la ancianidad. Óleo de Luis de Cervi.



Hoy mismo haga el canje de sus fascículos sueltos de LOS HOMBRES de la historia por los tres primeros tomos encuadernados.

TOMO 1. **El mundo contemporáneo,** con las biografías de Churchill, Einstein, Lenin, Gandhi, Hitler, García Lorca, Stalin y Picasso.

TOMO 2. **El siglo XIX: Las revoluciones nacionales,** con las biografías de Lincoln, Darwin, Coubert, Dostoievski, Nietzsche y Wagner.

TOMO 3. **El siglo XIX: La revolución industrial,** con las biografías de Freud, Van Gogh, Tolstoi, León XIII, Bismark, Ford.

Como realizar el canje:

Usted debe entregar personalmente, y en las direcciones citadas, los siguientes fascículos de LOS HOMBRES de la historia:

Para el tomo 1: los fascículos números 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23, en perfecto estado, y la suma de $ 600.-

Para el tomo 2: los fascículos números 8, 13, 15, 20, 22 y 27, en perfecto estado, y la suma de $ 600.-

Para el tomo 3: los fascículos números 1, 10, 21, 24, 31 y 36, en perfecto estado, y la suma de $ 600.-

¡En el mismo momento en que usted entregue los fascículos recibirá los magníficos tomos!

Atención: *los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica, con títulos sobreimpresos en oro y sobrecubierta a todo color. Llevan una cronología y un índice general.*

Si le falta algún fascículo, diríjase a su canillita; el tiene todos los números.

Todos los martes compre LOS HOMBRES de la historia y conserve los fascículos en perfecto estado.

Así podrá seguir canjeándolos y formar con los tomos encuadernados una valiosa Biblioteca de la Historia Universal a través de sus protagonistas.

Próximamente: *aparición del cuarto tomo.*

CANJE POR CORREO

Si usted desea efectuar el canje por CORREO, deberá enviar los fascículos a

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA S.A.
RINCON 87 - CAPITAL FEDERAL

Agregue la suma de $ 600 por el tomo y $ 100 para gastos de envío, en cheque o giro postal a la orden del Centro Editor de América Latina S. A.

IMPORTANTE

Como los fascículos deben llegar en perfecto estado, tome todas las precauciones. Envuélvalos en cartón muy grueso, o entre maderas o en una caja resistente de cartón o madera. No forme rollos.

Cuando usted tenga los tomos en sus manos, comprobará que ésta es una oferta excepcional que el CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA brinda a sus lectores. El precio en plaza de cada tomo sería de, por lo menos, cuatro veces más.

Para realizar el canje personalmente, diríjase a:

CAPITAL:

Librería AZCUENAGA - Azcuénaga 830
Librería GONZALEZ - Nazca 2313
Librería JUAN CRISTOBAL - Galería Juramento - Cabildo y Juramento - Loc. 1 Subsuelo
Librería LETRA VIVA - Coronel Díaz 1837
Librería LEXICO - J. M. Moreno 53
LIBROS DIAZ - Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440 - Locales 46 y 47
Librería PELUFFO - Corrientes 4279
Librería SANTA FE - Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928
Librería SEVILLA - Córdoba 5817
Librería TONINI - Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634
VENDIAR - Hall Constitución

GRAN BUENOS AIRES:

Avellaneda
Librería EL PORVENIR - Av. Mitre 970

Hurlingham
MUNDO PLAST - Av. Vergara 3167

San Martín
Librería DANTE ALIGHIERI - San Martín 64 - Galería Plaza

INTERIOR:

BUENOS AIRES

Bahía Blanca
Librería LA FACULTAD - Moreno 95
Librería TOKI EDER - Brown 153
LA CASA DE LAS REVISTAS - Alsina 184

La Plata
Librería TARCO - Diagonal 77 Nº 468

Mar del Plata
Librería ERASMO - San Martín 3330
REVISLANDIA - Av. Luro 2364

Pergamino
PERGAMINO EDICIONES - Merced 664

CATAMARCA
MAURICIO DARGOLTZ - Rivadavia 626

CORDOBA

Coronel Moldes
CASA GARCIA - Belgrano 160

CORRIENTES
LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO - 25 de Mayo, esquina Rioja

CHACO

Resistencia
CASA GARCIA - Carlos Pellegrini 41

ENTRE RIOS

Concepción del Uruguay
A. MARTINEZ PIÑON - 9 de Julio 785

Paraná
EL TEMPLO DEL LIBRO - Uruguay 208

MENDOZA
CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO - Galería Tonsa - Local A-26

MISIONES

Posadas
Librería PELLEGRINI - Colón 280 - Locales 12 y 13

RIO NEGRO

Gral. Roca
QUIMHUE LIBROS - Tucumán 1216

SALTA
Librería SALTA - Buenos Aires 29

SAN JUAN
Librería SAN JOSE - Rivadavia 183 - Oeste

SANTA FE

Rafaela
Librería EL SABER - Sarmiento 138

Rosario
Librería AMERICA LATINA - Galería Melipal - Loc. 10 - Córdoba 1371
Librería ARIES - Entre Ríos 687
Librería LA MEDICA - Córdoba 2901

Santa Fe
Librería COLMEGNA - San Martín 2546
LIBRETEX S. R. L. - San Martín 2151

SANTIAGO DEL ESTERO
Librería DIMENSION - Galería Tabycast - Loc. 19

TUCUMAN
NEW LIBROS - Maipú 150 - Local 13

Precio del canje $ 6.- M$N 600.- Envío por correo $ 1.- M$N 100.-



Centro Editor de América Latina

LOS HOMBRES de la historia

Ya hay 3 tomos encuadernados para usted



Obténgalos hoy mismo canjeándolos por fascículos sueltos y aumente el valor de esta magnífica coleción

Ver detalle del canje al dorso

Precio de venta

Publicación semanal

ARGENTINA: $ 1,50 M$N 150,—
BOLIVIA:
COLOMBIA: $ 7.-
COSTA RICA:
CHILE:
REP. DOMINICANA:
ECUADOR:
EL SALVADOR:
GUATEMALA:
HONDURAS:
MEXICO: $ 5.-
NICARAGUA:
PARAGUAY:
PERU: S/. 18
PUERTO RICO
URUGUAY: